



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO IX Huelva 31 de Agosto de 1919 Núm. 98

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

LAS FIESTAS PATRIÓTICAS COLOMBINAS EN 1919

Aquellas fiestas que en un tiempo de falso y menguado patriotismo, hoy por fortuna ahuyentado para siempre, se veían reducidas al culto íntimo de una selecta y espiritual minoría que frente al odio, nacido y fomentado al calor de violentas convulsiones, hijas de la natural evolución de los pueblos hacia el logro de sus libres destinos, predicaba a los cuatro vientos la imperiosa necesidad de volver sus ojos hacia aquellos países que si nos repudiaron como dominadores, guardaban la más íntima efusión de sus almas para el espíritu hispano encarnado en la madre que los engendrara y le diera vida, han ido laborando lentamente en el alma popular española, viniendo a constituir en los momentos actuales, por obra de la benemérita Sociedad Colombina Onubense, una grandiosa manifestación de carácter nacional, reveladora del amor de España hacia las naciones americanas.

Resulta verdaderamente simbólico que en el mismo lugar donde el insigne genovés encontrara alientos y protección para su colosal empresa, sea también donde la fraternidad de los pueblos iberoamericanos se ponga de relieve, impidiendo por segunda vez que el manto del olvido y del desvío, que estuvo a punto de malograr el Descubrimiento de las Américas, consiga nuevamente aislarnos de



Retrato de Cristóbal Colón, que se conserva en el Museo de Chicago. (Copia que posee la Colombina)

aquellas tierras en las que se cifra el porvenir de España como nación de primer orden y a las que hay que dedicar atención preferente, si no queremos comprometer el futuro de la raza española.

Empeño es éste que si no reporta grandes provechos materiales en el momento, los reportará seguramente en el curso de los años, pues pocas siembras serán tan fecundas como aquellas en que la semilla la constituyen el amor y el cariño, pues solamente de ellos pueden obtenerse esas fuerzas y recursos ideales a cuyo conjuro se transforman los pueblos y emergen las civilizaciones.

Y prueba de nuestro aserto es que los actos del 3 de Agosto, que comenzaron por ser unos festejos provincianos, sin otros recursos que las modestas cuotas de los asociados colombinos, obtienen hoy la protección del Gobierno español que se hace representar en ellos por autoridades de rango, coadyuvando a su brillantez el Ejército y la Armada y honrando con su asistencia a los Certámenes colombinos un núcleo de personalidades americanas que cual singulares Embajadores de las Repúblicas del Nuevo Continente, contribuyen a anudar los vínculos entre nuestra patria y las tierras de allende el Océano, ingresando para siempre en las milicias hispano-americanas que con tan bravos y brillantes capitanes no pue-

den menos de conseguir el logro de su transcendental misión.

La aurora de la paz que por fortuna brilla en el horizonte—quizás un poco tardía y con resplandores sangrientos—debe ser el anuncio que ponga en guardia a la raza española, pues coincidiendo con el deponer de las armas, vencedores y vencidos se aprestan a resarcirse de los daños y perjuicios sufridos y no precisa del don de la profecía para entrever que en aquellas inmensas regiones que regara con su sangre el pueblo español, es a donde han de acudir, con su dinero, con la instalación de sus industrias, con el establecimiento de sus líneas de navegación, con la creación de sus bancos, con la difusión de su cultura, con la propagación de su idioma, en una palabra, con cuantos medios dispongan, para robustecer su empobrecida economía y fortalecer su desmedrado crédito.

Si ante tamaño peligro permaneciésemos cruzados de brazos, dejándonos arrebatara nuestra influencia, la España grande conque todos soñamos quedaría convertida en un mito para siempre irrealizable; y con razón sobrada las generaciones que nos sucedan maldecirían de nosotros, y una vida lánguida, cuyo final horroriza pensar, sería la que reservaría el destino a la nación descubridora de Mundos y civilizadora de Continentes.

A. Ruiz Marchena

Huelva 1.º de Agosto de 1.919.



EN PLENA FIESTA

La llegada del Representante del Gobierno

Poco después de las nueve de la noche del día 31 hizo su entrada en nuestro puerto el cañonero «Doña María de Molina», trayendo a su bordo al Comandante General del Apostadero, Excelentísimo Sr. D. Gabriel Antón e Iboleón y a la Banda de Infantería de Marina del Departamento. Momentos antes entró el torpedero núm. 15.

Fondeados ambos buques frente al Paseo del Muelle, seguidamente subieron a cumplimentar al representante del Gobierno, el comandante de Marina, señor Oruz; segundo comandante, señor Hernández, y el teniente de navío, señor Noval.

También fueron a cumplimentarle el alcalde, señor de la Corte Gutierrez, con el secretario del Ayuntamiento, señor Garrido Perelló (D. Manuel), y una nutrida comisión de la Sociedad Colombina, con su Presidente a la cabeza, señor Marchena Colombo.

Recibidas las visitas de rúbrica, el Comandante general se trasladó al crucero «Princesa de Asturias», fondeado de antemano en nuestro puerto, siendo recibido con los honores de ordenanza e instalándose

en dicho buque de guerra, que durante todos los días de fiesta mantuvo izada la insignia de almirante.

Desde mucho antes de la llegada de los barcos, numeroso público, aglomerado en los muelles, presenciaba con curiosidad las evoluciones de los buques y las idas y venidas de las Comisiones, mientras la banda de Infantería de Marina, formada en la cubierta del «Doña María de Molina», entonaba alegres composiciones, presentando un singular aspecto de animación las avenidas de los



Excmo. Sr. D. Gabriel Antón e Iboleón,
Comandante general del Apostadero de Cádiz, que ostentó la representación del Gobierno de S. M. en las patrióticas fiestas conmemorativas del Descubrimiento de América.

Pinzones, la de la Rotonda y el paseo Central del Puerto.

El «Doña María de Molina» venía mandado por su primer comandante don Joaquín Montagut, y por su segundo don Rafael Ramos Izquierdo; y el torpedero núm. 15 por sus respectivos primero y segundo comandantes, don Luís Piñeiro y Baul y don Rafael Bouza y Ruiz de Apodaca.

Las tropas en Huelva

Desde mucho antes de las diez y media, hora en que se hallaba anunciada la llegada de la compañía de Soria, con bandera y música, designada para representar al Ejército en los actos colombinos, las calles reboaban de gente, viéndose numerosos grupos que se estacionaban a lo largo del trayecto y en las esquinas, dirigiéndose las más a la explanada y vías próximas a la estación, deseosas de presenciar la entrada en agujas del tren que conducía a los infantes.

Un hormiguero humano se extiende por los alrededores de la estación, ofreciendo una pintoresca nota

la policromía de colores que bajo el sol ardiente de Agosto ofrecen las sombrillas, vestidos y tocados de nuestras bellas paisanas, congregadas en aquel sitio para aplaudir y saludar a la enseña de la patria.

El trepidar del tren que se aproxima pone en movimiento a la masa humana que se apretuja deseosa de no perder detalle, siendo impotentes las fuerzas de Seguridad para contener el gentío.

Una nutrida salva de aplausos, seguida de un toque de corneta, inicia el desembarco de las tropas que, constantemente vitoreadas, forman con la mayor rapidez, presentando armas a la bandera, y al son de los acordes de la Marcha Real y del entusiasmo de la multitud que se apiña en los andenes, desciende la insignia de la patria, majestuosa

y solemne, constituyendo un momento de verdadera emoción para los circunstantes, muchos de los cuales reflejan en sus rostros una angustia indefinible que anuda la garganta y hace resbalar las lágrimas...

Allí vimos al Gobernador civil señor Picamill, Gobernador militar señor Andrade Chinchilla, Alcalde accidental señor de la Corte Gutiérrez, Comandante de Marina

señor Oruz, tenientes de navío señores Hernandez y Noval, Delegado de Hacienda señor Bascarán, Director del Instituto señor Cruz de Fuentes, Presidente de la Colombina señor Marchena Colombo al frente de numerosa comisión de colombinos, coronel señor Losada, concejales señores Manzano y Pérez Hernandez, el secretario del Ayuntamiento señor Garrido Perelló, Fiscal de S.M., accidental, señor Mendigutía, Juez de Instrucción interino señor Lopez Mora, Arcipreste señor Muñoz Espinosa, presbíteros señores Romero Bernal, Rodríguez Sayago y Santos; Director de Sanidad Ma-



Isabel la Católica

De un cuadro tenido por auténtico.

rítima señor Roig. Ingeniero señor Prieto, tenientes coroneles de Infantería señores de la Torre y Mora y Marauri, Comandante señor Ibañez, capitanes señores del Brío, García Escamez, Chacón y Alcáditurriaga; tenientes señores Clavería, Manzanedo y Ramos, y alférez señor Soro; teniente coronel de Carabineros señor Serván, capitanes señores Burgos, del Sac y Feria, y teniente señor García; teniente coronel de la Guardia civil señor Rey Santiago y teniente señor Tojal; teniente de Artillería señor Pérez Reyna, capitán de Administración señor Quintero y los señores Pérez Adame, Pera Bayo, Romero, Duclós (D. J.), Hidalgo (D. M. y D. A.), Lozano y todos los jefes y oficiales de los buques de guerra surtos en nuestro puerto, que estaban francos de servicio.

Homenaje a la bandera y desfile

Alineadas las tropas en el patio de la estación, las autoridades y personalidades allí congregadas desfilaron descubiertas por delante de la bandera roja y gualda de la patria, resultando un espectáculo conmovedor y solemnísimo el espontáneo y entusiasta homenaje de todo un pueblo al símbolo representativo de su grandeza y poderío, de sus triunfos y derrotas, de su pasado y de su porvenir, de sus tierras y de sus ríos, de sus suaves llanuras y de sus abruptas montañas, de todo cuanto constituye, en una palabra, la personalidad nacional tan orgullosamente ostentada siempre y jamás negada ni sojuzgada por el extranjero.

Un nuevo toque de corneta inicia la marcha de los soldados que en correcta formación recorren la carretera Odiel, calles Rábida, General Azcárraga, Palacio, Concepción, Tetuán, Sagasta, hasta el Ayuntamiento.

Depositada la bandera, dirigiéronse las tropas a su alojamiento, precedida de juguetona chiquillería y del pueblo soberano que no los abandona hasta que penetran en el edificio de las Escuelas de San José, habilitadas para su alojamiento.

Las fuerzas estaban mandadas por el capitán D. Francisco Ruíz Fuentes, teniente abanderado D. Diego Ramírez Moreno y tenientes D. Timoteo del Castillo y D. Matías Aramó, y la banda militar por el músico mayor, D. Manuel Farfán.

El Mantenedor del Certamen

En el expreso llegó a Huelva, acompañado del culto periodista don José María González (Columbia), el Mantenedor del Certamen Colombino don Manuel Ugarte, a quien esperaban en la estación gran núcleo de colombinos con su Presidente y numeroso público.

Después de las presentaciones y saludos de rigor, el señor Ugarte, en unión del señor Marchena,

ocupó un automóvil dirigiéndose al Hotel Internacional donde se le tenía preparado hospedaje a los ilustres huéspedes.

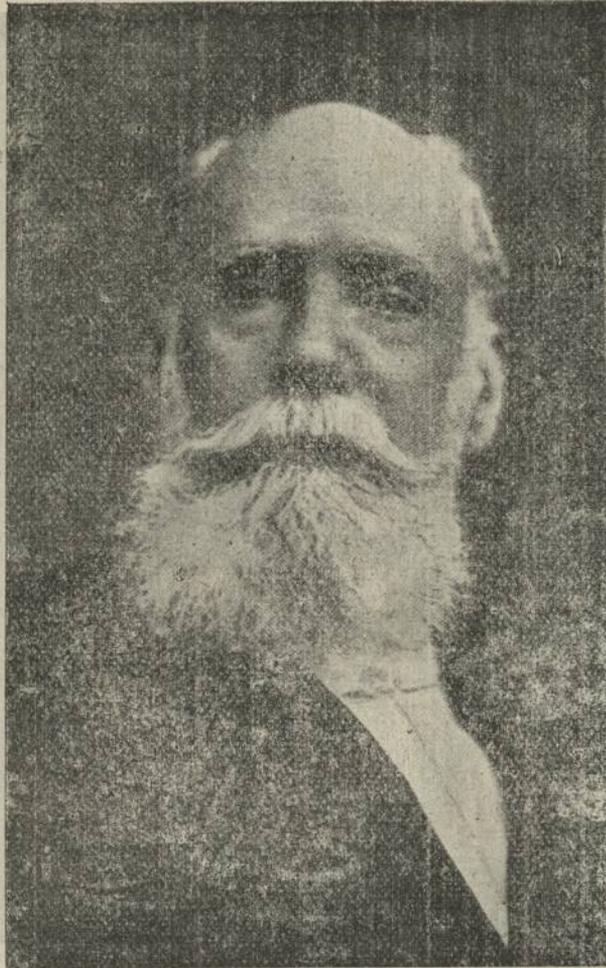
El señor «Columbia» y demás personalidades ocuparon diversos vehículos, encaminándose también al Internacional, donde tanto uno como otro fueron objeto de singulares atenciones por parte de nuestra buena sociedad que acudió a ofrecerles sus respetos.

Con la indiscreción habitual y disculpable en el periodismo, logramos entrevistarnos con los señores Ugarte y «Columbia», escuchando de sus labios palabras de agradecimiento para Huelva y de entusiasmo para la Sociedad Colombina, cuya distinción al invitarlos para que concurrieran a las fiestas de Agosto era acreadora—según nos decían—a su mayor gratitud.

El señor Ugarte, pensador, propagandista fervoroso de la hermandad hispano-americana, escritor de gran valía y poeta de altos vuelos, pertenece a esa pujante juventud americana que percata de la gran trascendencia que para la raza hispánica entraña la fraternal aproximación de la España de su progenie con las repúblicas americanas de su nacimiento,

se aprestan a ingresar en la gran cruzada ibero-americana, haciéndolo con decisión de iluminados y aportando a tan generoso empeño el caudal copioso de sus talentos y el tesoro inapreciable de su juventud y de sus entusiasmos.

Joven, de palabra elocuente, de espíritu depurado, su palabra ha resonado por las tierras sudamericanas, depositando la semilla del amor y de la gratitud a nuestra Patria, encontrando un eco favorable en sus conciudadanos, eco que al recogerse y ofrendarse en el modesto Santuario de la Rábida en la fecha memorable de la conmemoración del 3 de Agosto, se extenderá por los ámbitos de la nación española, despertando en los corazones de sus hijos impulsos genero-



† D. Rafael M.ª de Labra

Ilustre patriota cuyo perenne recuerdo se aviva en estos días que rememoran la grandeza de nuestra Patria.

sos de cariño hacia los hermanos de allende el Océano.

Agradecidos a la amable acogida que se nos dispensara, estrechamos las manos del señor Ugarte y, después de reiterarnos su reconocimiento, abandonamos la estancia, rememorando en nuestro

que se encontraban en Huelva con ocasión de las Fiestas Colombianas.

El acto se celebró en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento, que se hallaba exornado con plantas y flores, habiéndose colocado bajo el dosel de la Presidencia las banderas del Regimiento de So-



D. Manuel Ugarte

Distinguido escritor e ilustre pensador argentino, Mantenedor del Certamen celebrado en el Monasterio de la Rábida el día 3 de Agosto por la Sociedad Colombina Onubense.

pensamiento los nobles entusiasmos con que el señor «Columbia», cuya labor americanista en la prensa española y españolista de la república portorriqueña es de todos conocida, nos hablaba de la Rábida, de la Colombina, de los lugares colombinos y de nuestra amada ciudad.....

El Jerez de Honor

El Ayuntamiento obsequió el día primero por la tarde con un Jerez de Honor a las personalidades y representaciones del Ejército y de la Armada

ria y la de la ciudad, artísticamente entrelazadas.

Durante el acto reinó la mayor cordialidad y alegría, interpretándose por la Banda municipal escogidas composiciones, recibíendose y despidiéndose al Representante del Gobierno a los acordes de la Marcha Real.

Asistieron el Comandante general del Apostadero de San Fernando señor Antón, el Gobernador civil señor Picamil, el Gobernador militar señor Andrade Chinchilla, el Presidente de la Sociedad Colombina señor Marchena Colombo, el Alcalde

accidental señor de la Corte Gutierrez, el mantenedor señor Ugarte y el escritor americanista señor González, concejales señores Manzano y Pérez Hernández, secretario de la Corporación señor Garrido Perelló, Delegado de Hacienda señor Bascarán, Director del Instituto señor Cruz de Fuentes, Director de Sanidad señor Roig, coronel señor Lossada, teniente coronel señor Marauri, capitanes de Infantería señores García Escamez, del Brío y Chacón; teniente coronel de la Guardia civil señor Rey Santiago y teniente señor Tojal; capitanes de Carabineros señores Burgos, Ferría, de Sac y teniente señor Ballesteros; los jefes y oficiales del «Princesa de Asturias» señores marqués de Huetor de Santillán, Fontelán, Rueda, Moreno, Hernández, Borrego, Línico y Viemas; Comandante de Marina señor Oruz y tenientes de navío señores Hernández y Noval; señores Pérez Carasa, Roqueta, de la Huerta, García Morales (don P.), Hidalgo (don M.); tenientes de navío señores Rodríguez Jurado y Mena; los oficiales del cañonero «Delfín» y del torpedero número 15, la oficialidad de la compañía de Soria y el director del «Diario de Huelva», señor Blanco.

También asistió la oficialidad del buque de guerra francés que se encontraba en el puerto.

El Certamen Literario Colombino

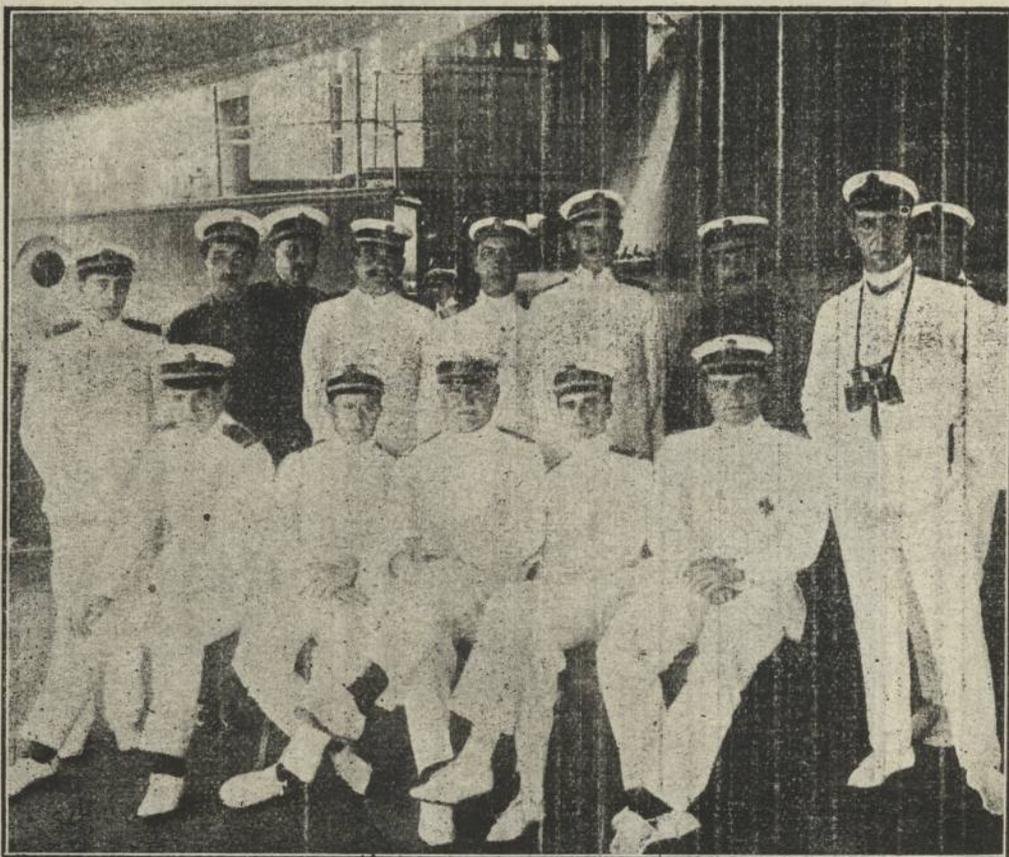
Iniciativa feliz

Feliz por todos conceptos ha sido la iniciativa de la Sociedad Colombina trasladando la celebración del Certamen al Santuario de la Rábida, pues como decía con insuperable inspiración el señor Marchena Colombo en su admirable discurso, «La Cuna del Descubrimiento es el mejor marco de las Fiestas Colombianas, pues lo que hubiera

tenido de suntuosidad y magnificencia en otros lugares, le sobra de austeridad y de idealidad en el Convento de la Rábida».

Y en efectó, en aquellos lugares silenciosos, apenas aquietados por el rebullir de los colombinos en el día del Certamen, se siente con mayor espiritualidad la página heróico-divina que comienza en las puertas de un humilde convento y termina en el Descubrimiento de un Mundo.

Hermoso y fantástico aspecto ofrecía sin duda



Jefes y oficiales del «Princesa de Asturias» que asistieron a los actos colombinos y de los cuales guardará siempre grata recordación nuestra ciudad.

alguna aquella sala del Mora, en la que toda gentileza tenía su asiento y toda belleza su adecuada representación. El teatro, convertido en ascua de oro, la artística decoración del escenario, la soberana distinción y elegancia de nuestras paisanas, aquella magestuosa representación de la hermosura femenina simbolizadas en la Corte de Amor, todo ello nimbado por los rayos de luz esparcidos por sinnúmeras bujías caprichosamente distribuidas, constituían un espectáculo de belleza insuperable que perdurará para siempre con sitial de preferencia en el lugar de nuestros recuerdos; pero todo ello, con ser mucho, es trivial, mundano, incapaz de despertar en nuestro ánimo esas extrañas sensaciones que, ahondando en las almas, espiritualizan nuestro ser y nos retrotraen,

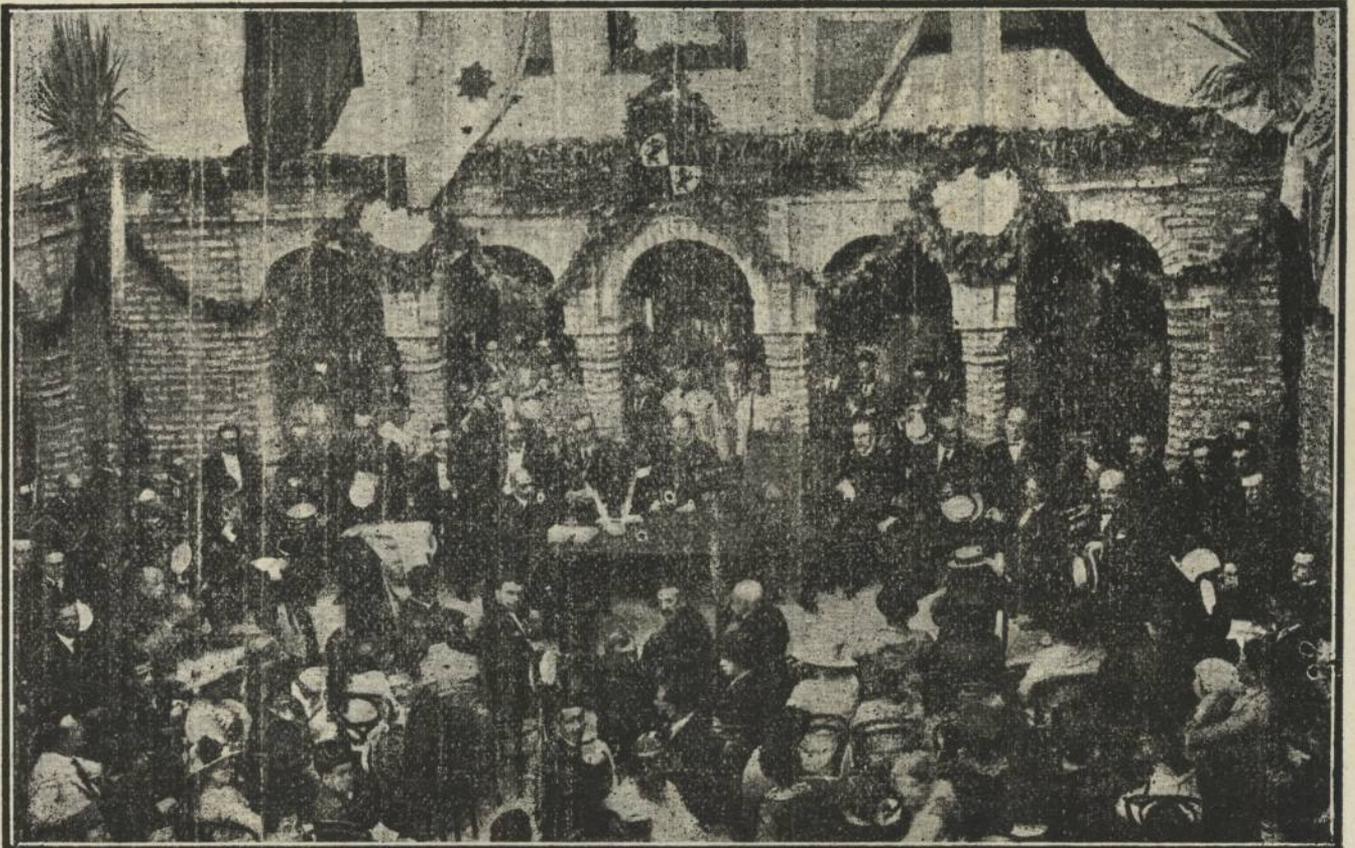
como por ensalmo, a tiempos que por pasados desfilan por nuestra mente exentos y depurados de toda materialidad, pudiéndolos concebir en toda su grandiosidad y magnificencia.

Los expedicionarios

Con verdadera pulcritud habíase organizado por la Colombina el traslado de sus socios al Mo-

nasterio, habiéndose levantado en uno de los frentes al estrado, en el que figuraban los muebles de la época, donados por el marqués de Aracena, Excmo. Sr. D. Javier Sánchez-Dalp.

En el testero principal se había colocado el escudo de España con la bandera nacional y las de la República Argentina y Huelva.



Hermoso aspecto que ofrecía el patio mudéjar del Monasterio de Santa María de la Rábida en el día del Certámen organizado por la Sociedad Colombina Onubense, en conmemoración de la gloriosa fecha del 3 de Agosto.

nasterio, realizándose el embarque y desembarque con verdadero orden y puntualidad.

El incansable colombino señor Dominguez Roqueta, atendía con verdadera solicitud a los expedicionarios que, encantados del pintoresco viaje y a bordo de los remolcadores del Puerto y del torpedero núm. 15, zarparon para los históricos lugares a la hora anunciada, encontrándose a su llegada con numerosos vecinos de Palos y de Moguer, que habían acudido deseosos de presenciar el acto y que en la espera habían organizado simpáticos bailes, en los que no faltaron los clásicos paliños y la castiza guitarra.

El Certámen

Como estaba anunciado, el solemne acto tuvo lugar en el hermoso patio mudéjar del Monasterio, que se hallaba artísticamente adornado con banderas y escudos de los países americanos.

Artísticas guirnaldas de plantas y flores adornaban los vetustos muros, habiéndose levantado

en uno de los frentes al estrado, en el que figuraban los muebles de la época, donados por el marqués de Aracena, Excmo. Sr. D. Javier Sánchez-Dalp.

En el testero principal se había colocado el escudo de España con la bandera nacional y las de la República Argentina y Huelva.

El estrado ocupaba todo el frente del patio, utilizándose la mesa y sillones de la celda de la Colombina.

A la derecha de la presidencia se levantaba la tribuna cubierta con la bandera de la República del Plata. Las autoridades hicieron su entrada a los acordes de la Marcha Real, interpretada por la banda de Infantería de Marina. Ocuparon el estrado el comandante general del Apostadero de San Fernando, a su derecha el presidente de la Colombina y el mantenedor señor Ugarte, y a su izquierda el Gobernador militar señor Andrade Chinchilla, el comandante de Marina señor Oruz y el alcalde de Palos.

En el estrado se sentaron los comandantes y oficiales del «Princesa de Asturias», del «Doña María de Molina», teniente de navío don José Rodríguez; Director del Instituto, señor Cruz: don

José María González (Colombina); magistrados señores Tercero, Álvarez Fera, Vara y Solís; fiscal interino de S. M. señor Mendigutía y la Junta directiva de la Colombina.

Actuó de secretario don Juan Domínguez.

El general, señor Antón, abrió el acto, dándose lectura por el señor Domínguez al fallo del Jurado, que es el siguiente:

Tema I. Premio: «Inclitas razas ubérrimas», autor, D. Miguel de Castro.

Accesit «Plus ultra», Silvio Itálico.

Tema II. Premio: «Que grata obra es (para un espíritu puro) subsanar las injusticias que aparecen en el libro de la Historia, y especialmente plantar la flor del cariño y de la admiración públicas en las tumbas de los que murieron sufriendo», el autor don Juan Manuel de Capúa.

Tema IV. Premio: «Canto de gloria y amor» autor, don Ricardo Díaz Castro.

Tema VI. Accesit: «Plusquam vira locutæ ingenium naturæ docet» autor, don Antonio Galán Domínguez.

El señor Domínguez Roqueta leyó a continuación la poesía premiada.

Dióse cuenta de las adhesiones recibidas, entre las cuales figuraba una del Gobierno argentino, la cual fué acogida con vivas y aclamaciones.

También se lee la adhesión del doctor Reyes, mantenedor de los Juegos Florales del año anterior; del ministro de Marina, en nombre de la Armada, y de los señores Burgos y Mazo, marqués de Aracena, de la Casa de América de Barcelona, de las Sociedades Hispano Americanas, del Correspondiente de la Colombina en Madrid señor Pinzón, de los Excmos. Sres. Lopez Muñoz y Velázquez, del Ilmo. Sr. D. José Muñoz Bocanegra y de numerosas personalidades y entidades cuya enumeración harían interminables estas líneas.

La lectura de un entusiasta telegrama puesto

desde Panticosa por el Vicepresidente de la Colombina, Sr. Cádiz Serrano, fué acogido con visibles muestras de cariño.

LOS DISCURSOS

El Sr. Marchena Colombo

Seguidamente hace uso de la palabra el presidente de la Colombina.

El cronista no pudo seguir la improvisada oración del Presidente.

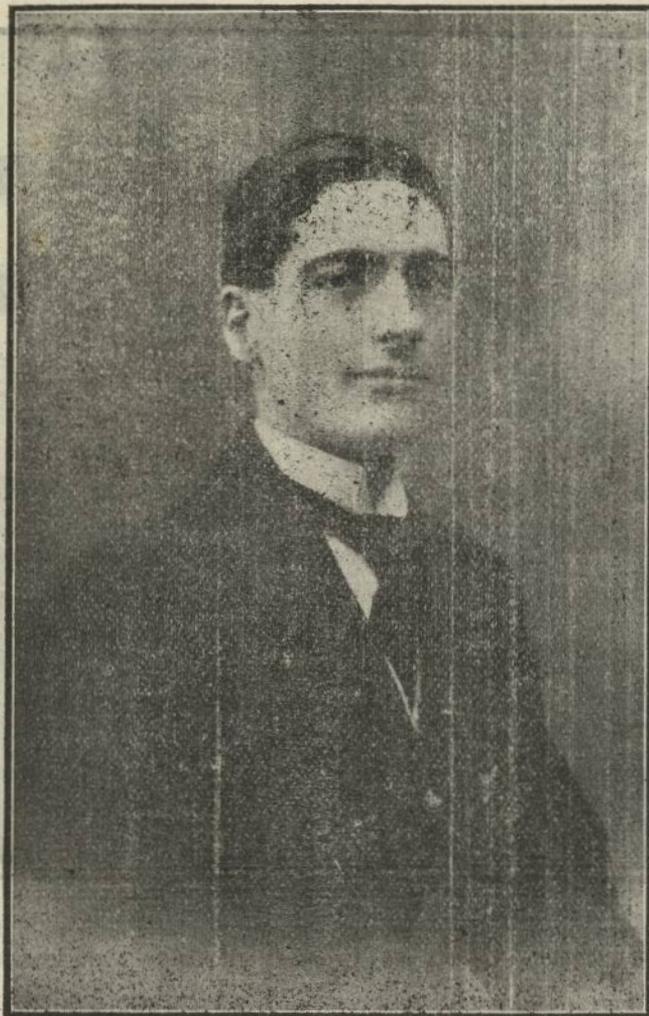
El lugar, la fecha que se conmemoraba, la palabra arrebatada del señor Marchena, nos dominaron y dejamos de tomar notas.

El Presidente se levantó diciendo lo que veíamos todos, que no podía hablar dominado por la emoción.

Yo—decía el Presidente de la Colombina—he acariciado, desde hace muchos años, la idea de que éste nuestro Certamen reglamentario, se celebrase aquí, en la Rábida, y hoy es una realidad mi ilusión: que en este lugar, perdurable testigo de la génesis de un mundo, está reunida la Sociedad Colombina, presidida por la representación del Gobierno de S. M. y con la asistencia de la Marina y el Ejército para conmemorar la gloriosa

fecha de un día en el que unos hombres que vivieron en estos claustros y salieron de estos lugares, realizaron una empresa que no se concibe si la fé no se ha metido dentro del alma; porque la idea a fuerza de atenacear el cerebro se convierte en sangre, músculo y nervio.

Y la realización de este acto, ya tradicional—se viene celebrando desde el año 80 del pasado siglo—en este sagrado recinto, Santuario de la Raza, ha sido un gran acierto, pues yo veo en vosotros la actitud seria y grave reveladora de la emoción honda que causa en vuestros espíritus la contemplación de estos recuerdos evocadores de nombres heroicos que en la religión de los muer-



D. Miguel de Castro

Autor de la poesía que obtuvo el primer premio en el Certamen.

tos tendrán siempre el culto de las almas nobles...

Habla después el Sr. Marchena de la Marina y el Ejército, a los que tanto debe la Sociedad Colombina. Y en un párrafo elocuentísimo dice:

Cómo he de olvidar yo, general ilustre que nos presidís, lo que habéis hecho por nosotros...

Mi pobre voz se levantó en un Certamen Colombino, a raíz de aquellos días amargos en que la patria, mutilada y sangrienta, había perdido un pedazo de su territorio en una guerra casi fratricida, a decir que era una ingratitud el olvidar a vosotros; que no conocía hecho más grande que el suicidio colectivo de Santiago de Cuba y Cavite. Y hoy digo que se ha necesitado que la segunda escuadra del mundo se haya embotellado con rubor y hundido sin combatir para que se os haga justicia. Así es España...

Se dirige a la representación del Ejército y hablando del recibimiento a la bandera, recuerda que es la del Regimiento de Soria que ostenta corbatas de San Fernando, ganadas en Pavia y Rocroix, como le contaba el capitán de la Compañía esta mañana: Pavia y Rocroix,

¡qué momento tan grandioso de nuestra historia! Y en la caída, aquellos tercios que llevaron el nombre de España por todo el mundo, también fueron grandes: «Contad los muertos....»

Habla después de la lucha por el Ideal y dice que la labor colombina es un apostolado, al que consagra todas sus energías, por tener la certeza plena de que en la intimidad hispano-americana está el futuro engrandecimiento de España.

En hermosos párrafos hace la historia de algunos actos colombinos, y al recordar el 12 de Octubre en que el gran José de Diego visitó la Rábida, dedica un recuerdo al inolvidable amigo, que, peregrino del Ideal demandaba una limosna de amor para el habla castellano, lengua bendita que

escribió nombres españoles en las cumbres de los Andes, en el interior de los bosques, en las selvas vírgenes, en la llanura abrasadora y en la árida estepa, que la raza de los descubridores y los conquistadores no encontró obstáculo que no venciera en sus afanes de glorias y riquezas.

Yo comprendía muy bien—decía el orador—el anhelo de aquel elevado espíritu que le robaba horas a la muerte, tal era su flaqueza física, por cantar

en periodos que no olvidaron jamás nuestros oídos, la música de nuestra fonética, la magestad de sus periodos, la armonía de nuestra lengua. Por las cenizas de sus padres, juró, besando la bandera española, que iría por América, en cruzada, por los empeños colombinos. No lo quiso la muerte, pero el gran amor que consumía su alma quedó aquí y estas paredes conservarán el eco.

Por ese inolvidable recuerdo, yo os pido Sr. Ugarte, que recojáis aquel juramento, santificado hoy por la memoria de un hombre mártir y digáis en la gran República vuestra y en toda América que los pueblos que tienen un mismo origen y la misma historia y hablan la misma

lengua, deben estar unidos; que esta aspiración no es un lirismo, sino realidad, que la personalidad y la independencia hay que mantenerla frente a las absorciones de los fuertes. Muy bien las potentes industrias y la hegemonía del comercio y las fabulosas riquezas que todo ello es vida; pero no menos bien la flexibilidad, la belleza, la gracia, la risa divina tan necesaria al vivir como la disciplina más férrea.

Ilustre argentino, decid a vuestros y nuestros hermanos de América que este antiguo solar cubierto de escudos y blasones pregoneros de la hidalguía española, les pertenece por propio derecho, y a los escogidos, a los de alma romántica para los que el mundo no es la gran ciudad—todas



Excmo. Sr. D. Manuel Burgos y Mazo

Ex-ministro de Gracia y Justicia, ministro de la Gobernación y Socio protector de la Sociedad Colombina Onubense.

las grandes ciudades se parecen—sino los lugares que conservan la huella de las grandes creaciones del arte o de los hechos culminantes de la Historia, que aquí en los lugares colombinos, se piensa y se siente más hondo en una hora, que en muchos días de turismo en un camión de la Agencia contratadora, atrayendo la mirada maliciosa del nacido en la gran ciudad.....

Se ocupa de los españoles que en América ponen tan alto el nombre de España, demostrando las grandes virtudes de sobriedad, capacidad de trabajo y voluntad de la raza, libre de los prejuicios que en nuestro medio social se padecen.....

Habla de la confraternidad de la fiesta y haciendo un parangón con los cuatro años de guerra termina diciendo en un bellissimo párrafo: El amor es más fuerte que la muerte; el odio es estéril, infecundo, cetrina los rostros, entenebrece las ideas, ahoga los nobles sentimientos, tiene algo de las torturas de los condenados en el infierno del Dante...

Amemos la vida; la tierra no puede secar tanta sangre, está sedienta de caricias; que los rayos de un sol de paz besen las frentes de los hombres y que éstas se inclinen ante vuestra belleza, mujeres divinas que nos hacéis dichosa la vida con vuestras sonrisas, como habéis hecho más hermoso este acto con vuestra presencia. (El orador, que ha sido interrumpido constantemente por los aplausos, escucha una estruendosa ovación y vivas a los acordes de la Marcha Real, que escucha todo el mundo de pié y hondamente conmovido.)

El Sr. Ugarte

El señor Ugarte comenzó diciendo:

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento a la benemérita Sociedad Colombina, que por mediación de su presidente, me ha hecho el honor de invitarme a colaborar en esta inolvidable fiesta de poesía y belleza, donde tiene una amplia y triunfal representación la belleza clásica y siempre admirada de la mujer andaluza.

Nada más difícil que expresar la emoción que me oprime al levantar la voz ante un público tan superior y tan docto en este recinto, doblemente sagrado por su destino religioso y por los recuerdos que evoca y en una fecha que marca el punto más culminante de la vida de España, de la civilización del mundo.

La desproporción dolorosa entre mi modesta capacidad y la enormidad del hecho que se conmemora, será suplida por la sinceridad de mis acentos y el simbolismo feliz que hace que un hijo de América se haya encargado de celebrar el acontecimiento, amplía de tal suerte las perspectivas, que en este momento me siento enquistado a todas las colectividades que hablan nuestra lengua y contienen en suprema concreción la realidad de lo que conjuntamente son, porque mi patriotismo argentino no tendría consistencia si no estuviera respaldado por un patriotismo hispano-americano; porque mi patriotismo hispano-americano no tendría amplitud si no estuviera magnificado por un patriotismo español. (Muy bien).

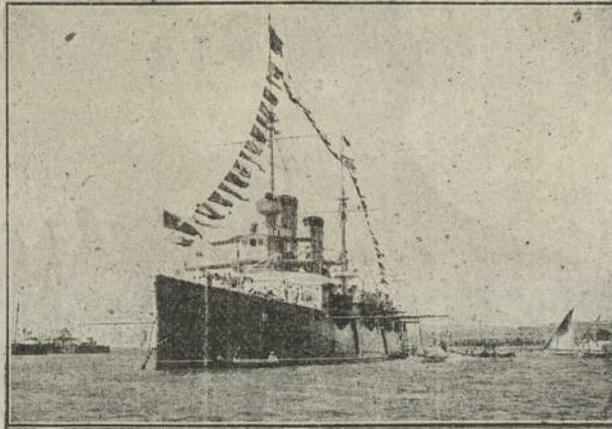
Y así, la voz que se levanta aquí no es la de un hombre, ni siquiera la de un país, sino la de un conjunto de naciones, que se inspiran en una historia común y reúnen en un solo orgullo central sus recuerdos y sus esperanzas, las glorias de ayer y las de mañana, como una trayectoria de nuestros destinos. (Muy bien).

Es saludable que esta grande manifestación del pensamiento de un vasto

conjunto de pueblos que comulgan en el mismo origen, idioma, tradiciones y costumbres, no se celebre siempre en la capital de la nación, sino que tenga por teatro las nobles y fecundas ciudades de provincias, sobre todo cuando como en el caso presente, se trata de la región donde tuvo lugar la iniciativa histórica que marcó un derrotero transcendental y puede, por esto, levantar su orgullo más alto que ninguna región de España y que puede muy bien vanagloriarse de haber sido el punto de partida de la más excelsa y colosal empresa que ha realizado en todos los tiempos la inteligencia y la voluntad del hombre.

Si utilizamos los ojos del alma, vemos en el límite del siglo XV la silueta de un gran mendigo internacional, que va de país en país, de ciudad en ciudad, de Corte en Corte, de inteligencia en inteligencia, de corazón en corazón, implorando ayuda para multiplicar la extensión del mundo.

La oscuridad de los cerebros le cierra las puertas, la incomprensión del siglo le obstruye los ca-



Crucero "Princesa de Asturias" surto en nuestra ría.

minos; parece que la Humanidad se obstinara en mantener circunscrita la frontera.

Sabios y magnates le vuelven la espalda.

Si en Italia, su país natal, le rechazaban; si en Portugal le desconocían, pero todo no estaba perdido aún.

Sobre la cumbre de Europa estaba una nación: España; y sobre la cumbre de España el corazón de una gran soberana y noble mujer: la Reina Católica. (Muy bien. Aplausos).

Vemos así que la calumniada España fué la única nación que supo tender la mano a Colón; es en España donde encuentra el apoyo de una Corte, el dinero para la expedición, las tripulaciones valientes y hasta la bandera gloriosa que debía cobijar la gigantesca empresa.

A los que dicen que España fué ingrata con Colón, contestamos que es la Humanidad la que es ingrata con España, acumulando sobre ella las abominaciones de una época y haciéndole única responsable de lo que fué común distintivo de to-



El "Princesa de Asturias", iluminado

do un siglo; y ya es hora de que levantemos la cabeza y reaccionemos contra esta prédica calumniosa que nos hiere a todos, a uno y otro lado del mar, porque de seguir así, serán capaces de decir mañana que quienes quemaron a Miguel Serve, no fueron los calvinistas en 1553, sino España que ha hecho todo el daño que se ha conocido en el mundo; porque de seguir así serán capaces de decir mañana que los autores de la muerte de Juana de Arco no fueron los ingleses. ¿Qué habían de ser los ingleses defensores de la libertad del individuo? Serían los españoles de Torquemada; porque de seguir así, dirán mañana que los que guillotinaron a Luís XVI no fueron franceses, ¿qué habían de ser franceses? Serían los eternos fermentos de la barbarie española; porque de seguir así, digo, serán capaces de decir que todo el atraso de los siglos, todos los crímenes de la Historia, todas las crueldades y horrores de la Humanidad, han sido obra de este pueblo heroico y glorioso y por eso mismo envidiado, porque no ha tenido más defecto que el de su franqueza y desinterés y después de haber regado el mundo con la sangre generosa de sus soldados, después de haber completado el planeta y después de haber llevado la civilización a un mundo nuevo, acumulan sobre él todas las abominaciones para vengarse de una je-

rarquía, de una superioridad, ya que España, fué durante muchos siglos la cumbre del progreso humano y es sabido que el rayo cae siempre, inexorablemente, sobre las cumbres. (Grandes aplausos).

Tal es la filosofía superior que se desprende de los recuerdos y de las esperanzas que este momento evoca: la grandeza de España; grandeza material y política cuando domina al mundo y marca derroteros a la actividad de todos los hombres, y grandeza moral y superior, más grandeza todavía, cuando dispersado su gigantesco imperio, deshecha la conglomeración, perdida la acción directa sobre las vastas extensiones geográficas,

conserva no solo la acción moral y el prestigio espiritual, sino el amor intenso y el respeto de la mitad del mundo; más alta en su renunciamento que en su esplendor, España recibe hoy el premio a que ha sido acreedora por su desinterés y conserva el afecto entrañable de los pueblos que surgieron de su seno, de las naciones que emana-

ron de su sangre, de la vida nueva a que dió lugar su cultura, oyendo el clamor de lejanas tierras con acentos de amargura y dolor, como si la voz de la Historia se elevase para decirle; ¡Madre! ¡Madre inolvidable! (Entusiastas aplausos).

Los mares desconocidos que se abrieron ante el conjuro de los veleros españoles, y sus aguas, cuyas aguas vírgenes fueron cortadas por las naves históricas, están hoy bajo el dominio de naciones de otra raza. ¡Madre! El enorme continente que descubriste y civilizaste con tu sangre y tu esfuerzo, va pasando gradualmente á otras naciones por motivos de una política económica ó están bajo la fiscalización de pueblos de otro origen. ¡Madre! Los mares y las tierras, cuanto era tangible y material, te ha sido arrebatado, pero las almas, no... (Estalla una ovación entusiasta que no deja terminar al orador el grandilocuente párrafo).

Hay algo que la sutileza internacional no puede tocar siquiera y en el momento en que una ola de dominación lingüística y comercial parece abatirse sobre el mundo doblando la voluntad y las esperanzas de los pueblos débiles, venimos a reconfortarnos, y yo os digo que si las naciones ultramarinas que engendró España se vieran amenazadas de una invasión extranjera y egoista,

no vacilarían en sumergirse en el mar, como supieron hacerlo las naves de España para salvar el honor y la gallardía de la raza. (Formidable ovación y vivas á América).

Hace a continuación una brillantísima enumeración de las Repúblicas hispano-americanas, cuyos ideales se confunden con la madre patria, empezando por la próspera Argentina y terminando con una vibrante apología de Méjico, colocado como reducto infranqueable a las razas del Norte.

En esta Asamblea, donde se mantiene vivo el vínculo de un mismo ideal, surgen las grandes visiones que sintetizan en el pasado y en el presente la Historia común.

Vemos a Colón de pie sobre las carabelas, horadando con sus ojos de fiebre las sombras, lo desconocido, el misterio que debía revelar a la Humanidad; después a Colón de pie sobre la tierra nueva, con el orgullo que patentiza la hazaña, abarcando el resultado portentoso y triunfal del enorme esfuerzo, cuya realidad parece confundirse con lo imposible y, por último, vemos a Colón de pie sobre nuestras almas para excitarnos a la empresa y a la acción, levantar nuestras energías encaminadas a la victoria de los pueblos dignos, que es el trabajo, y volviendo los ojos a la Rábida, invitan a que la visiten todos los pueblos de origen español, para sacar lecciones de energía, no considerando estos sagrados lugares como una plataforma interesada, sino como una capilla que hay que levantar con los brazos abiertos al español, simbolizado en la grandeza de estos lugares gloriosos.

Y aquí voy a terminar con estas palabras, que no traducen ni con mucho la emoción que me oprime. Como en los cuentos maravillosos, podemos decir, evocando nuestra común historia: «Eran tres pequeños navíos...» Eran tres pequeños navíos que salieron una tarde de estas costas, tripulados por un grupo de titanes; eran tres pequeños navíos frágiles y modestos, que resultaron invencibles porque iban animados por la grandeza de un pueblo, por el corazón de una reina, por la cruz de una civilización. Y cuando ahora, después de largos siglos, surcamos de nuevo los mares de Colón, sea, en viaje de España a América o de América a la madre patria, en los grandes y rápidos trasatlánticos de nuestros días, nos parece ver aún entre la bruma el perfil borroso de las carabelas diminutas que con las velas tendidas siguen

llevando a América el presente de una civilización, siguen trayendo a España los tesoros superiores de nuestro afecto; y al caer el crepúsculo, cuando un enorme sol de oro parece descansar sobre la línea del horizonte y las aguas se cubren de un reflejo de púrpura, como si la bandera española se extendiera sobre la inmensidad.

Cuando en el arco iris vemos flamear los colores de todos los pueblos nuevos de América, ya no son tres sombras de carabelas las que pasan, son diez, son mil, son notas interminables que cubren la extensión hasta el límite llevando los espíritus de los hispanos de uno y de otro lado del mar, las almas de los cien millones de hombres que hablan en español en el mundo y rehacen moralmente la enorme colectividad de otros tiempos para mayor gloria de la humanidad.

Al terminar su hermoso discurso el señor Ugarte es repetidamente ovacionado, pues su oración grandilocuente y hermosa consiguió adueñarse en el ánimo de sus oyentes que con verdadero deleite escucharon su notable disertación.

Los acordes de la Marcha Real y del Himno Argentino, escuchados de pie por los concurrentes y entre delirantes vivas, pusieron fin al inolvidable acto, al que como siempre prestaron sus encantos bellas y adorables señoras y señoritas, lujosamente ataviadas.

Unos ratos de vibrantes comentarios y de efusión espiritual, que aprovechó la Sociedad Colombina para obsequiar a los presentes; y seguidamente al muelle para emprender el viaje de regreso, desembarcando muy cerca de las nueve de la noche altamente complacidos y satisfechos de las gratas horas deslizadas en el Santuario.

La Misa en el Monasterio

A las ocho y cuarenta de la mañana y a bordo del «Delfín» se encaminaron a la Rábida para asistir a la tradicional Misa, el Presidente de la Colombina Sr. Marchena Colombo, en unión del Mantenedor Sr. Ugarte y de numerosos socios, entre los que recordamos a los señores coronel D. Luís Losada; comandante de Marina, Sr. Oruz; D. Joaquín D. Roqueta, Garrido Perelló (D. Pedro y D. Manuel), Mena Domínguez, Wert, González (Columbia), Monís, García Morales (D. Antonio y D. Santiago), de Gregorio, Díaz Gutiérrez y otros muchos invitados.

Momentos después zarpó el torpedero núm. 15

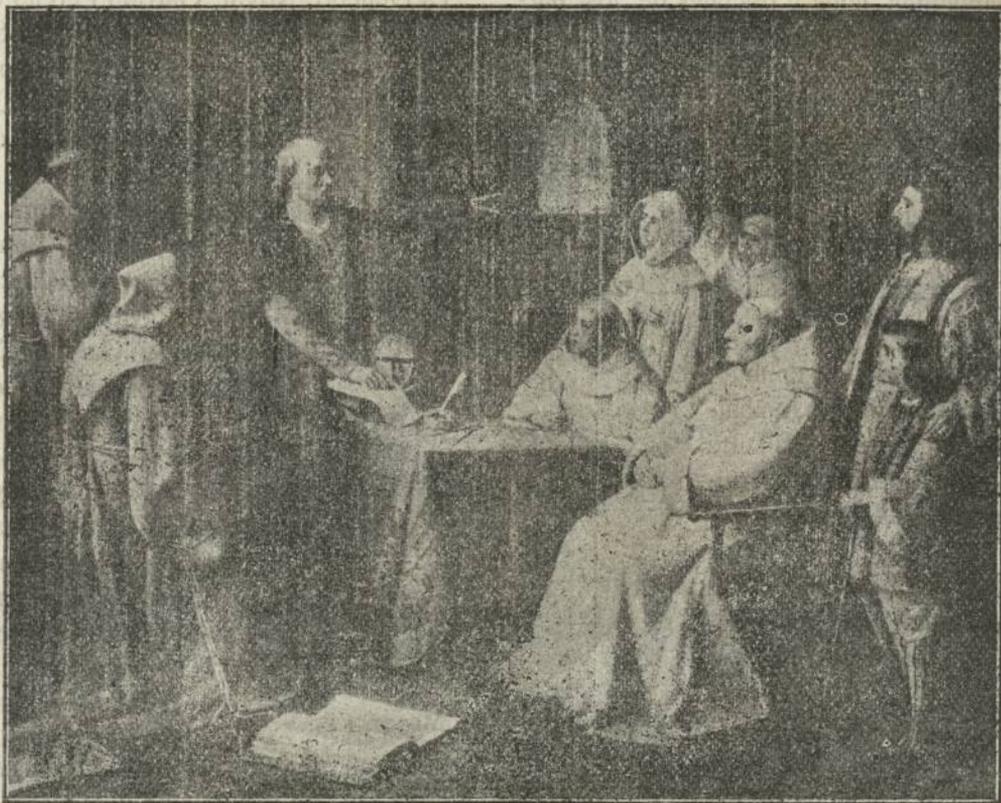


El Comandante general del Apostadero (x) acompañado del Presidente de la Colombina (1) dirigiéndose al muelle de la Rábida para embarcar con dirección a Huelva.

conduciendo a bordo al Comandante general del Apostadero, Jefes y oficiales de los buques surtos en el puerto y a la Banda de Infantería de Marina del Departamento.

A la llegada al desembarcadero de la Rábida, fueron recibidos los expedicionarios por el Alcalde

«ACTA.—La Sociedad Colombina onubense, cumpliendo lo preceptuado en su reglamento, para rendir un tributo de veneración a la memoria del gran almirante y de los intrépidos hijos de la provincia que con él se lanzaron a lo desconocido, con asistencia de altas representaciones de la Ar-



Cristóbal Colón ante los frailes dominicos

del histórico pueblo de Palos D. Restituto Gutiérrez y el Secretario D. José Prieto.

La capilla del Convento hallábase exornada con sencillez y buen gusto, habiéndose colocado al lado del Presbiterio varios sillones que fueron ocupados por las autoridades y miembros de la Junta Directiva de la Colombina, siendo oficiado el Santo Sacrificio por el párroco de la villa de Palos, D. José Díaz Gutiérrez.

En el momento de alzar, los marinos que hacían guardia en el frente del altar mayor presentaron las armas, mientras la Banda de Infantería de Marina dejaba escuchar los sonos de la Marcha Real, resultando el cuadro de una belleza imponderable y el momento de gran solemnidad.

Terminado el Santo Sacrificio, el representante del Gobierno fué invitado a pasar a la celda del Padre Marchena, que ocupa hoy la Colombina, levantándose el siguiente acta de la visita que fué firmada por todos los presentes:

maña y del Ejército y demás autoridades civiles y eclesiásticas, se trasladó en el día de hoy al histórico Monasterio de Santa María de la Rábida para asistir a la misa que se ha celebrado ante el mismo altar en que la oyó Colón momentos antes de emprender su viaje.

¡3 de Agosto de 1910, CDXXVII aniversario de la partida de las gallardas carabelas que descubrieron un mundo! La Sociedad Colombina onubense y los que a ella se asocian honrándola con su presencia, han oído la santa misa, que confirmó la fe del descubridor, conmemorando de este modo el hecho gigante, y ansiando que esa fé grande y fecunda confirme a todos los pueblos hermanos en el amor que recíprocamente se deben por ley inexorable de la Naturaleza.

Para que se tenga en memoria levántase este acta en el Monasterio de Santa María de la Rábida, a los tres días del mes de Agosto del año de mil novecientos diecinueve.»

(Siguen las firmas del excelentísimo señor don Gabriel Antón e Iboleón, vice-almirante comandante general del Apostadero de Cádiz; don Manuel Ugarte, mantenedor del Certamen colombino; don José Marchena Colombo, presidente de la Sociedad Colombina; comandante de Marina, autoridades civiles, militares y eclesiásticas; don José María González (Columbia), creador del Día de Colón, comandantes, jefes y oficiales de los barcos de guerra surtos en el puerto, invitados y secretario de la Sociedad Colombina, licenciado don Juan Domínguez).

Muy cerca de las diez se inició el regreso, volviendo todos altamente complacidos de la inolvidable Misa del 3 de Agosto.

En el Casino de Huelva

Esta Sociedad celebró, también durante los días colombinos, un baile que resultó en extremo brillante y al que asistió lo más distinguido y selecto de nuestra buena sociedad.

El salón, ofrecía un espléndido marco a tanta y tanta mujer hermosa como acudió a la fiesta.

El baile se prolongó hasta muy avanzada la noche, no sufriendo más interrupción que la necesaria para congregarse alrededor de las mesas dispuestas con una espléndida cena con que fueron obsequiados los asistentes.

El sexteto, incansable, hizo gala de un variado repertorio y de una resistencia a toda prueba.

Las fiestas del Círculo

La más galana pluma de cronista de salones veríase comprometida si tratase de reflejar con exactitud las brillantísimas fiestas dadas por el Círculo Mercantil durante las pasadas Fiestas Colombinas.

Belleza, hermosura, distinción, parecían haberse dado cita en sus hermosos salones para que en la fiesta resplandeciera en toda su magnitud la gentileza de las onubenses y la tradicional cortesía de los hijos de Huelva.

Soberbias toilettes, lucidas con el más aristocrático de los donaires, contrastaban con los vivos colores de los uniformes militares y la severa factura de los trajes de etiqueta, resultando verdaderamente fantástico el aspecto que ofrecía el salón de baile, iluminado con verdadera esplendor, con más intensidad, si cabe, por los ojos de nuestras

paísanas que por las arañas eléctricas esparcidas por doquier.

Entre las damas que honraron con su presencia el baile recordamos a las Sras. y Srtas. de Burgos Domínguez, Pérez de Guzmán, Ruifernández, Montenegro, Oliveira, Coto Mora, Le-Bourg, Oruz, Coto Niño, Repiso, Estrada, Orta, Gómez Serrano, Borrero de la Feria, Muñoz Pérez, Checa Olmedo, Noval, Garrido Perelló (D. M.), García de Carellán, Sicilia, Seras, Marchena Colombo, Tello, Rey (D. C. y D. F.), García Ramos, Díez de la Cortina, de la Huerta, García León, Cross, Harriero, Núñez, Macías, Mora Pozuelo, Andrade, Lozano, Baleriola, Gonzalo, Guijarro, Balbontín, Tornero, Murta, Niño, Cádiz, Hernández, García y García, Escobar, Ruiz, Barrero, Romero, Domínguez, Barroso, Pérez Adame, Labrador, Galvez, Azcárate, Bedoya, Bartollessi, Avalos, Delgado, Toledo, Márquez, Estruc, Martín, López y otras que sentimos no recordar.

También concurrieron el mantenedor señor Ugarte, el propagandista hispano-americano Sr. González (Columbia) y la oficialidad de los barcos de guerra.

Horas fugaces las de la ilusión, sentimos deslizarse con pesar las transcurridas en aquel mundo distinguido, siendo muy cerca del alba cuando abandonamos la Sociedad que más genuinamente representa a nuestra capital, llevando todavía en la retina el espectáculo soberanamente hermoso del sin fin de adorables y gráciles muñecas que con sus encantos y feminidad parecen destinadas a endulzar la vida y hasta apeteerla y desealarla con verdadero frenesí.

No menos brillante fué el té ofrecido por la expresada Sociedad a los ilustres huéspedes, y en el que con la esplendor tradicional en el Mercantil, se derrocharon selectos manjares y exquisitos vinos y licores.

Como en todas las fiestas de la juventud, el baile ocupó la presidencia del agasajo y desde aquel momento hasta las nueve de la noche en que otros actos reclamaban la atención de los asistentes, no cesaron los bailables que fueron honrados con numerosas parejas de devotos.

Mucho antes de las nueve de la mañana, un gentío imponente se apiñaba en el paseo central



D. Joaquín de Mosquera

Ilustre colombiano, quien como Presidente del Consejo de Regencia puso el "Cúmplase" a la Constitución expedida por las Cortes de Cádiz en 1812.

La Misa de Campaña

Mucho antes de las nueve de la mañana, un gentío imponente se apiñaba en el paseo central

y en los andenes del Paseo del Muelle, extendiéndose por las avenidas de la Rotonda y de los Pinzones, en espera de las tropas que habían de asistir a la Misa de Campaña.

Al fondo del paseo instalóse el altar, exornado con trofeos guerreros y numerosas plantas y flores armoniosamente distribuidos.

Concurrieron las fuerzas de desembarco del «Princesa de Asturias», que estaban situadas en primer lugar frente al altar; detrás, una sección de Infantería de Marina, la compañía del Regimiento de Soria con bandera y música, una sección de carabineros y un piquete de la Guardia civil.

El comandante general del Apostadero, Sr. Antón y el Gobernador Militar, revistaron las fuerzas.

La enseña de la patria fué trasladada al altar, mientras se dijo la misa.

Daban guardia cuatro soldados y un cabo del Regimiento de Soria y otros tantos de las fuerzas de desembarco.

Ofició el santo sacrificio, el capellán del crucero «Princesa de Asturias», ayudado por un marinero.

Durante la ceremonia interpretó la banda de Infantería de Marina la misa de Eslava, y la de Soria, el «Momento Musical».

Al alzar, las fuerzas presentaron armas, y el teniente abanderado inclinó el emblema de la patria, ambas bandas batieron la «Marcha Real», el «Princes de Asturias» hizo las salvas de ordenanza, y el pueblo se inclinó respetuosamente, resultando el momento de profunda emoción.

Asistieron el Comandante general del Apostadero, señor Antón; los Gobernadores civil y militar, señores Picamill y Andrade; Alcalde señor Morano Montiel, Presidente de la Colombina señor Marchena Colombo, Delegado de Hacienda señor Bascarán, Director del Instituto señor Cruz de Fuentes, presbítero señor Pérez Cruz, Secretario del Ayuntamiento señor Garrido Perrelló, Director de Sanidad señor Roig, Secretario del Gobierno Militar capitán señor del Brio, Coronel de Infantería señor Lossada, Tenientes Coroneles señores Marauri y de la Torre y Mora, Comandante señor Ibañez y muchos oficiales; Teniente Coronel

de la Guardia civil señor Rey Santiago, Comandante señor Lozano y algunos oficiales; Teniente Coronel de Carabineros señor Servan y varios oficiales; los jefes y oficiales de los buques de guerra surtos en nuestro puerto; los jefes de la guardia municipal señores Alfonso y Gutierrez.

Terminada la misa, disfilaron las tropas por delante del representante del Gobierno y de su lucido cortejo, dirigiéndose después hacia el Ayuntamiento por las calles Almirante H. Pinzón, Sagasta, Tetuán y Cánovas, marchando seguidamente a sus respectivos alojamientos.

Durante el desfile, la gente llenaba las calles y balcones, saludando con verdadero entusiasmo a las tropas.

OTROS FESTEJOS

En el Reformista

Por si eran pocos los festejos que ocupaban la atención de los onubenses durante los actos colombinos, el Círculo Instructivo Reformista organizó una buñolada que resultó un éxito indescriptible, pues era casi imposible dar un paso, asistiendo hermosas mujeres ataviadas con pañuelos de

Manila y bailándose alegres sevillanas, que fueron verdaderamente bordadas por algunas parejas.

Al simpático y popular festejo fueron invitados el Mantenedor D. Manuel Ugarte y el señor Columbia, siendo vitoreados y muy agasajados por el Presidente y Directiva del Círculo durante sus estancias en la pintoresca fiesta.

Las regatas

También se celebraron animadas y reñidas regatas, tomando parte en las mismas las tripulaciones de los buques de guerra.

De las regatas anunciadas solo se efectuaron las de botes de ocho remos de los barcos de guerra y las de botes de cuatro y seis remos para los demás.

En la primera se inscribieron botes del «Delfin», «Princesa de Asturias» y «Doña María de Molina», triunfando el del «Delfin», que patroneaba Manuel Castañeira.

Premio, 75 pesetas.



D. J. Manuel de Capúa,

Secretario de la Audiencia de Burgos, distinguido escritor americanista, cuya muerte ha sido muy sentida.

En la de seis remos se inscribieron dos embarcaciones, venciendo la que patroneaba José Prieto.

El premio era de 40 pesetas.

No faltaron las indispensables cucañas, que fueron presenciadas con sin igual regocijo por un inmenso público que se agolpaba en los muelles, deseosos de presenciar las incidencias de las regatas y los remojones de los capitalistas que, por diez pesetas, hicieron verdaderos prodigios.

La Velada

Durante los días de festejos, el Muelle lució una espléndida iluminación, hallándose concurridísimo durante las tardes y las noches por numeroso público que acudía a escuchar los conciertos de las Bandas de Música.

La fiesta del "Princesa"

Cuando subimos la escala del hermoso buque de guerra, quedamos sorprendidos al contemplar su cubierta convertida en hermoso jardín por el que discurrían ramilletes de hermosas damas, que destacaban su belleza en medio de la sencillez de sus tocados y la alegría de los colores de sus lindos trajes.

Los Jefes y oficiales de la Armada, con su proverbial galantería, se afanaban por hacer grata la

estancia a sus visitantes, haciendo un verdadero derroche de pastas, licores, helados, vinos, dulces; en una palabra, de cuanto pudiera desear el paladar más delicado.

La Banda de Infantería de Marina, formada en uno de los departamentos de la cubierta, amenizó tan grata fiesta con un escogido concierto alternado con varios bailables, que eran aprovechados con verdadero sibaritismo por los aficionados a Terpsicore.

A las diez de la noche abandonaban los morosos el «Princesa», sin que ni por un momento decayese la animación.

Capítulo de despedidas

El 4 en el exprés marchó a Madrid el Mantenedor don Manuel Ugarte, siendo despedido por numerosas personalidades y colombinos, testimonio de las vivas simpatías que supo captarse durante su estancia en ésta.

El 5 a las once de la mañana marchó también el Comandante General del Apostadero, abandonando el puerto a bordo del «Doña María de Molina», escoltado por el torpedero núm. 15, y en el mismo día a las siete salieron en el correo, para Sevilla, los bizarros infantes de Soria, siendo tanto uno como otros objetos de una despedida entusiasta.

LA POESIA PREMIADA

CANTO DE EPINICIO

INVOCACIÓN

Dame, Oceano, tus ímpetus bruscos y tus turbulencias.
Dadme, montañas, la sed de infinito que dais en mostrar.
¡Cráteres, águilas, cúspides, todas las magnificencias,
todo lo que es reciedumbre, todo lo que es majestad!

Quiero que vibre en mi lira la gama de todos los sonos;
quiero vestir de matices extraños mi toscó pincel
y sacudir las cenizas que velan los viejos hachones
de los castillos iberos, para que vuelvan aquellos a arder...

Oigo cantar una alondra—el idioma—que une los dos [continentes,
pájaro errante que de albas futuras predice el fulgor,
y a cuyos ecos se entreabren los ojos y se alzan las frentes
del viejo mundo y el nuevo, titanes que forjan un mundo [mejor.

Dore este sol de epinicio, no el fiero escudo de Marte,
sino el simbólico yelmo que ciñe Atena a su sien
y el fúlgido arado, con que Triptolemo la siembra reparte
para que Ceres nos traiga la paz, el trabajo y el bien.

COOPERACIÓN DE LA MUJER

Loada tú, Doña Isabel Primera,
que fuiste incomparable ama de casa
del vasto hogar de la familia ibera.

Diligente y sagaz, casta y sencilla,
cuidadosa de todo, erés la pauta
de como son las hembras en Castilla.

El genio de la raza—esta ambición
de gloria—encendió un día sus hogueras
en la montaña de tu corazón.

La fé que salva te tendió la mano
y completó en tu reino los tesoros
con tesoros de allende el Oceano.

Tu cuidado acreció pródicamente
las trojes de la patria y la panera.
Cundió el pan corporal y el de la mente
y en tu nombre arribó nuestra bandera

a las playas de un nuevo continente...
¡Loada tú, Doña Isabel Primera!

LA HIJA Y LA MADRE

América es hija de España, rebelde como ella.
Mas las dos son grandes.
Ruy Díaz fué el antiguo San Martín de «Castiella»
y San Martín el nuevo Ruy Díaz de los Andes.
Por más parecerse a la madre, sacó el afán mismo
de ondear al viento de las libertiades su glorioso emblema,
y regó sus campos con sangre del mismo heroísmo.....
Lo que aquí fué loá ¿será allí anatema?.....
¡Oh, patria, austera matrona, si en el espejo del viejo
quieres copiarte, en la opuesta ribera has de ver [Oceano
como se mira otro rostro que al tuyo sonríe—tu hermano—
que es lo que fuiste, y será lo que habrás tú de ser!

EL VIDENTE DEL MAR

¿Quién sabe que libros extraños te dieron su ciencia?
¿Quién sabe que oráculos fuese tu genio a invocar?
La duda de todos los hombres en derredor tuyo
te espoleaba con mordacidad.
¡Pero tu paso era firme,
como el de todo el que vá
por sendas de fé y esperanza
que son sendas de eternidad!
Porque tú traías, Cristóbal Colombo,
príncipe del aneho desierto del mar,
la misión más alta de todos los hombres,
la misión suprema, la de completar
la divina obra de Dios en la tierra,
y arribaste a un nuevo continente ideal
llevando la enseña de Cristo en la mano,
llevando en los ojos la azul claridad
con que iluminaron las constelaciones
tu ruta en los anchos desiertos del mar.
¡Que la fé que un día te salvó nos salve,
y a España y a América por siempre jamás!.....

Miguel de Castro

Impresiones de nuestro viaje a Huelva

Por su tradición gloriosa y por nuestras relaciones con la Sociedad Colombina, por el benemérito patriota que hoy la preside tan dignamente, ya amábamos a Huelva antes de verla; pero hoy

go de España Manuel Ugarte, llegamos a Huelva y fuimos recibidos por los que gentilmente nos invitaron a las hermosas y simbólicas fiestas del 3 de Agosto, los patriotas colombinos y dignas autoridades que mantienen adecuadamente los envidiables y gloriosos timbres de hospitalidad que ya hubo de agradecer el propio Descubridor.



Colón ante los Reyes Católicos.

que la conocemos, se adentró definitivamente la sagrada ciudad colombina en nuestro corazón y jamás la olvidaremos.

¡Qué impresión tan inefable recibimos al entrar en la ruta predestinada del Descubridor, al navegar por los mares que cantan la mayor gloria de España y del Mundo después de la Creación y al besar los muros del impresionante Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida, de Huelva! ¡Salve, Huelva! La Providencial y la Bienaventurada protectora de Colón ¡la Reina de los mares! y el Almirante de los Occéanos, el hombre más grande después de Cristo, bendigan hoy de nuevo vuestros inmortales y magnos destinos.

...Después de un inolvidable, agradabilísimo viaje desde Madrid en la grata y archisimpática compañía del desde hoy mi amigo del alma el heroico y preclaro, admirable argentino, grande ami-

¡Qué revelación más hermosa fué para nosotros el entusiasmo colombino de Huelva! La ciudad engalanada y el pueblo en fiestas, manteniendo la bandera del engrandecimiento y los destinos de España y América!... Feliz acierto y destino el de la ciudad del Descubridor, que en la grandiosa efeméride colombina representa ciertamente nuestra divina conjunción. Con esa conducta, Huelva se hace de nuevo digna de su histórico pasado, vuelve a ser polo de las destinaciones de España y atraerá a América. Ningún pueblo de España ciertamente para esta magna labor como Huelva.

¡Qué decir de la conmovedora, inenarrable solemnidad que celebramos en la Rábida! Las emociones superiores suspenden el ánimo, dando impresión de gloria, espiritualizan al hombre hasta acercarlo a la divinidad. El cuadro del Monasterio con esas dos fechas envidia del Mundo, 3 de Agos-

to y 12 de Octubre de 1492, las banderas del Arco Iris, de gracia, de belleza, banderas de España y de América; el digno broche de esta belleza, la mujer hispana, belleza, gracia y fortaleza de las compatriotas de Isabel la Católica y Teresa de Jesús, cuna nuestra España de las mujeres más grandes después de la Virgen María; el recuerdo de los destinos universales y cristianos de España; *Colón de pie sobre nuestras almas*—como decía Ugarte—; el divino hábito que allí flotaba, el entusiasmo de las nobles gentes, la solemnidad, la gloria de nuestra Marina, Señora del mar España; las músicas; las notas de los Himnos de España y la Argentina; la raza reunida en Huelva en aquel día... tenemos la seguridad de que el mismo Cielo habrá sonreído derramando sus bendiciones al cuadro divino de luz, belleza, espiritualidad y armonía propias de España y del Mundo que hoy había de regenerar después de una guerra sin par al Viejo Mundo.

El discurso de Marchena Colombo, magnífico y admirable; el mismo Ugarte me lo ha manifestado después en el Hotel, confidencialmente.

El Presidente de la Colombina estuvo a la altura de su misión; elevó mucho la solemnidad y transcendencia del acto. Su discurso fué bellissimo en la forma y de gran fondo, político, de un acierto de estadista. La gentil salutación con que empezó: *Ilustre argentino que de lejanas playas venis al solar de España...* afortunadísima y emocionante. La mejor demostración de su acierto fué la compenetración del distinguido auditorio con su pensamiento; premió con unánimes y repetidos aplausos y manifestó su entusiasmo el público en diversos periodos de la inspirada oración, habiendo recibido Marchena las calurosas felicitaciones de todos al finalizar el acto. Como Huelva siga las inspiraciones, los derroteros de este cruzado del americanismo, que tanto interés y tanta gloria dá a los sagrados lugares colombinos mereciendo la gratitud de la Patria, muy pronto recogerá los frutos de esa benemérita y admirable labor que tanto les honra y favorece aquí y en América, pues la Rábida atraerá al Mundo civilizado.

Y qué hablar del discurso de Ugarte.

Fué la acción de gracias del Nuevo Mundo a la santa madre España—como Ugarte la llama—y es el Evangelio del deber y los destinos de nuestra raza.

Tampoco olvidaremos la divina solemnidad religiosa del 3 de Agosto y la cariñosa hermandad

con que seguíamos el camino sagrado de Colón en estos históricos días argentinos y españoles, ni nuestro corazón y nuestra alma agradecida olvidarán jamás las atenciones y el cariño de los dignos colombinos, y de Huelva colombina, en cuyas aguas estaba en la mayor gloria del mar nuestra pundonorosa Armada, que nos obsequió a todos con fiestas de sociedad inolvidables, como nos obsequiaron las celosas autoridades y los exquisitos Centros de recreo de Huelva. Gracias a todos y la bendición de Dios sea con vuestros nobles y envidiables destinos, hermanos.

Termino deseando que la Rábida sea la Escuela de energía a que se refirió Ugarte para la Raza Descubridora, y que en ella se continúen los destinos de los genios del mar del gran Almirante de las Españas, creándose por las naciones de España y América el Colegio de Marina ideado inspiradamente en 1879 por el Magistral de Córdoba, como leo en el libro de Santamaría *Huelva y la Rábida*.

COLUMBIA

Oviedo y Septiembre, 1919.



España y América

Iniciativas de la Sociedad Colombina

La gloriosa Sociedad Colombina, de Huelva, acordó en estos días nombrar socios honorarios a los directores de «El Liberal», «Heraldo de Madrid», «El Fígaro» y «El País», comisionando a su correspondiente en Madrid, D. José Luís Hernández Pinzón, y al institutor del Día de Colón para entregarles el título.

Igual distinción otorgó al vice-almirante don Gabriel Antón Iboleón, que estuvo al frente de la escuadra enviada por el Gobierno a las fiestas colombinas de Huelva.

En Octubre hará la Sociedad Colombina un honor extraordinario al insigne presidente de la Asociación de la Prensa, D. Miguel Moya, por sus eminentes servicios a la grandiosa compenetración espiritual y al porvenir de los pueblos hispano-americanos.

El presidente de tan prestigiosa Sociedad ofició a la Embajada argentina para que comunique a su Gobierno la gratitud colombina al inspirado mantenedor de las fiestas de Huelva y preclaro adalid de la solidaridad de la raza, D. Manuel Ugarte.

El creador del Día de Colón entregó a sus compañeros de la Sociedad de Huelva las inicia-



D. José María González
(Columbia)

tivas siguientes, aceptadas por su presidente y por los patriotas colombinos:

Excitar a la Real Academia Hispano-americana de Cádiz a que se termine el monumento al inmortal hispano-americanista don Rafael María de Labra, presidente de honor que fué de la Colombina, al que Huelva dedicará un recuerdo especial.

Honrar con una lápida en el Monasterio de la Rábida la insigne memoria del gran Cánovas del Castillo y el nombre de la reina madre doña María Cristina, quienes empezaron la exaltación de los históricos lugares colombinos, celebrando en la Rábida el cuarto centenario del descubrimiento de América. El descubrimiento de la lápida, o busto, se hará en las solemnes fiestas colombinas, invitando a los reyes y al Gobierno a tan patriótico acto.

Debemos dedicar también un busto en el célebre Monasterio de Santa María de la Rábida a la gloriosa reina descubridora, inmortal Isabel la

Católica, pudiendo celebrarse a la vez el homenaje a las dos virtuosas reinas en la Rábida.

En Huelva toma cuerpo la idea expuesta en el «Heraldo de Madrid», de la asistencia de la Armada hispano-americana a la hermosa conmemoración colombina del 3 de Agosto, y, por de pronto, propuso su autor que se invite por la Sociedad Colombina a la fragata argentina «Presidente Sarmiento», escuela de guardias marinas, a las fiestas del año entrante, del modo que estuvo pocos años ha con los españoles en las fiestas de la Rábida el buque escuela cubano «Patria», y que la invitación de la Colombina la lleve a su patria al honorable presidente de la República Argentina, nuestro ilustre y querido huésped y hermano espiritual, Manuel Ugarte, a su regreso al Plata.

Es un programa acertadísimo éste de la benemérita Sociedad Colombina para bien de las relaciones hispano-americanas, en cuyos nobles empeños puede contar con «El País».

(De «El País», de Madrid).

UN NOMBRE MEMORABLE

Cuando en mis años juveniles hube de estudiar la historia de los descubrimientos y conquistas realizados por los españoles en las Indias occidentales, sentí en mi pecho esa intensa emoción que producen solamente los acontecimientos extraordinarios y heroicos. Desde entonces, arraigó en mí el orgullo patriótico de ser hijo del pueblo y de la raza que supo realizar hazañas por ningunos otros igualadas, atravesando el Occéano ignoto, guardador de mundos nuevos, y descubriendo mares desconocidos, tras esos nuevos mundos.

No pude pensar en aquellos años juveniles que, como las golondrinas de Becker, no volverán jamás, que en el curso de mi vida y próximo ya al ocaso de ella, habría de ser elegido, sin merecerlo, para el Gobierno de esta hermosa provincia, que cuenta y guarda el tesoro inapreciable de los recuerdos más fehacientes de esas épicas empresas geográficas, que sirvieron para regar con sangre española nuevos continentes, al par que se echaba en aquellas tierras vírgenes las semillas de nuestro genio, de nuestra bizarría y de nuestra lengua, que, más tarde, han brotado como flores brillantes, siempre vivas, de una nación y de una raza imperecedera.

Y debo confesar, con nobleza, que he sentido

renacer en mi pecho las emociones nacidas de las más puras fuentes del sentimiento al visitar, recientemente, los lugares cuyos nombres serán siempre inseparables de la memoria y de la fama de Colón y sus compañeros descubridores en las gloriosas empresas que se concretan y sintetizan en una fecha, la del 12 de Octubre de 1492, y en un nombre, el de América española.

Aquí está Palos, puerto inmortal, cuya grandeza y fama, en la historia de la ciencia y del planeta, no podrán emular, nunca, ni Londres, ni New York, ni Hamburgo: Palos, de donde partieron las naves colombinas, tripuladas por sus hijos los esforzados Capitanes Martín Alonso y Vicente Yañez Pinzón y los más modestos, aunque no menos heró-

cos, Gomez Rascón y Cristóbal Quintero; Cristóbal García Sarmiento y Carcia Alonso; Diego Rodríguez y Juan Quintero. Aquí está Moguer, donde mecieron sus cunas los hermanos Juan y Pedro Alonso Niños consumados pilotos y contra-maestres, y sus parientes Alonso, Andrés, Critóbal y Francisco Niño; el físico, Maestre Alonso y Juan Bermúdez, descubridor de la Isla que de él tomó nombre. Aquí es Huelva, patria de Alonso Sánchez, y de los tripulantes de las carabelas de Colón, Diego Lorenzo y Francisco y Andrés de



Vista de los claustros del patio mudéjar del Monasterio de la Rábida

Huelva, que regaron, por vez primera, con sangre española la tierra descubierta. Aquí esta Lepe, de donde partió la expedición de Juan Díaz de Solís, descubridor de Río de la Plata; y a Moguer y a Huelva pertenecen el convento de Santa Clara y la ermita de la Cinta, ante cuyos altares oró Colón, peregrino, cumpliendo las promesas que hiciera en los momentos más arriesgados de sus navegaciones, en acción de gracia por el feliz término de sus empresas sin par. Lugares son todos los citados que guardan recuerdos de la Patria y de los nombres de marinos heroicos; de sacrificios inenarrables; de glorias imperecederas para la memoria de Colón, y de sus compañeros y cooperadores en la obra del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Pero todos ellos representan factores de lugares y personas, de episodios, relacionados con la ejecución de la empresa colombina, una vez sacada ésta a la luz y puesta en vías de ejecución. Hay otro lugar que ocupa, como si encerrara en sí una expresión simbólica, el centro casi geométrico de los lugares históricos citados. Es este el Monasterio de la Rábida, donde encarnó, como en su propia matriz, adquiriendo consistencia y vida, el pensamiento que embargaba el cerebro de Colón. Representa la Rábida los polos y el eje del desarrollo del plan que culminó con la expedición de los argonautas modernos, hijos en su mayor número, de esta provincia, que partió de Palos el 3 de Agosto de 1492. Fué la Rábida mansión tranquila de buenos y sabios religiosos. Fué y es la Rábida monumento de indiscutible importancia e interés arquitectónico. Fué y será la Rábida templo de fé cristiana con sus frailes; de fé científica con Juan Pérez, Garci-Fernández y Antonio de Marchena; de fé patriótica de nuestra nación, de todo un continente y de toda una raza, que viven y alentarán siempre vigorosos, en los confines de todos los mundos.

¡Rábida grande! ¡Rábida gloriosa! Al visitarte y contemplar tus muros y tus patios enhiestos y restaurados, me sentí orgulloso, como español, y como Gobernador de la provincia; y por un egoísmo patriótico, disculpable, creí, por un momento, que me correspondía alguna parte en la obra de tu conservación, porque aquí he sabido que al cielo, a la cultura y al amor patrio de un antecesor mío en el cargo, es debida tu estabilidad y permanencia como edificio.

Fué este Gobernador don Mariano Alonso del

Castillo, que en 1851, recibió del Ministerio respectivo una Real orden que decía: «He dado cuenta a la Reina (Q. D. G.) del expediente entablado con motivo de la comunicación de V. S. de 8 de Enero último, relativo a las obras de urgente reparación de la Rábida, y enterada de todo S. M.; oído el parecer de la Comisión Central de Monumentos sobre este asunto, se ha dignado resolver diga a V. S., como de su Real orden lo ejecuto, que, respetando cuidadosamente la iglesia del citado Monasterio, la cual se halla por fortuna en bastante buen estado y todas las demás partes del edificio que, a juicio de peritos, pueden conservarse, proceda V. S. al derribo de las paredes ab-

olutamente inservibles, y a la venta de sus materiales. Del producto de éstos dará V. S. puntual aviso a este Ministerio; siendo la voluntad de S. M. que con el mismo se satisfagan los gastos que ocasione el derribo, y que se destine el resto si lo hubiere, a la colocación en lugar oportuno de una lápida conmemorativa, u otra obra análoga destinada a perpetuar la memoria de la residencia en aquel sitio del gran Colón, hasta donde alcance el expresado recurso y los demás que, a propuesta de V. S. y de esa Comisión provincial

de Monumentos, se digne S. M. destinar a tan honroso objeto.

Dios guarde a V. S. muchos años

Madrid 5 de Agosto de 1851.—*Arrieta*.—Señor Gobernador de la provincia de Huelva.»

La transcrita Real orden fué contestada por el Gobernador D. Mariano Alonso en los siguientes términos:

«Excmo. Sr: Acabo de recibir la Real orden fecha 5 del anterior, que V. E. se sirve comunicarme, y habla sobre las obras de urgente reparación del notable convento de la Rábida, en esta provincia de mi mando, derribo de la parte ruinosa, aprovechamiento de sus despojos, erección de una lápida conmemorativa, para con ella perpetuar los gloriosos recuerdos del célebre Cristóbal Colón. Sin embargo de que por mi parte daré a dicha resolución el debido cumplimiento, he creído: *por un principio de conciencia administrativa, tanto para el presente como para el porvenir*, manifestar respetuosamente a V. E. que ya estaba yo ocupado en este grandioso asunto, y por eso formado había la adjunta exposición para S. M. (q. D. g.) escrito por el cual, el fino talento de V. E. podrá comprender en esos pensamientos lo mucho que estimo las antigüedades de origen tan admirable;



D. Antonio Morano Montiel

Alcalde-Presidente

del Excmo. Ayuntamiento de Huelva.

y esto lo juzgo tanto más atendible, cuanto que la dicha Real orden citada, por cierto llegará a mis manos con notable retraso, fué expedida a consecuencia de consulta hecha por mi atecesor en 8 de Enero del año corriente, quien tendría fundamento para hablar de diverso modo al mío, pues que V. E. no ignora que esto sucede con frecuencia entre autoridades de inspiraciones diversas.

Como el retraso de unos pocos días no puede causar perjuicios en llevarse a debido efecto lo que acaba de preceptuarse respecto al convento y lápida dedicada al notable marino, espero de

nombre del Gobernador que supo escribirla más elecuente que el que pudiera dictar la admiración, con ser mucha, que me ha producido el conocimiento y la lectura de esa contestación de mi atecesor el señor Alonso y Castillo.

Palpita en el texto de ella una entereza, una dignidad patriótica, y un espíritu tan caballeroso y español, que me hace recordar aquel bando famoso del Alcalde de Móstoles.

Sin la obra de ese Gobernador que fué toda una protesta ante el Gobierno, hubiera desaparecido con el tiempo el último resto de la Rábida.



Isabel la Católica cede sus joyas para la empresa de Colón

la ilustración de V. E. *un nuevo mandato*, no dudando que este escrito se me ha de dispensar, en gracia del principio patriótico que me guía al redactarlo, tanto más de apreciar, *porque si en derribar y destruir parte de esos recuerdos fuésemos muy apresurados, la censura pública y la historia misma se apoderaría de nuestros actos, entregándolos a la adinadversión de nacionales y extranjeros.*

Dígnese V. E. dispensarme este paso, puramente encaminado al mejor servicio del Trono y mayor engrandecimiento de los ilustres Consejeros que dignamente le rodean.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Huelva 2 de Septiembre de 1851.—Excelentísimo Sr.: Mariano Alonso Castillo; Excelentísimo Sr. Ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas.» *Este escrito no fué contestado por el Señor Ministro y la Rábida se salvó.*

He copiado las comunicaciones precedentes porque la lectura de la segunda de ellas habrá de sugerir a los lectores un elogio y un recuerdo del

La fiesta del cuarto centenario de no existir la Rábida no se hubiera celebrado en Huelva y esta provincia no contaría hoy con el monumento más fehaciente del hecho histórico que más atractivo puede ofrecer a los visitantes nacidos en el continente descubierto por Colón. Huelva, pues, debe profunda gratitud a ese Gobernador benemérito y produce extrañeza que su nombre no esté aquí perpetuado de alguna manera. Difícil es que los Gobernadores puedan dar cima a empresas dignas del perdurable recuerdo de los pueblos, pero no hay duda que el nombre de Don Mariano Alonso y Castillo debe serlo para Huelva y para los amantes de las glorias provinciales colombinas.

Y la ocasión presente es sin duda alguna, la más propicia para subsanar ese olvido, ya que estamos en tiempo de reparaciones y justicia sociales.

Bernardo Picamill
Gobernador Civil de Huelva

Huelva 1.º de Octubre de 1919.

LA LEYENDA DE GERIÓN

Héroes o semidioses llamaban los griegos antiguos al nacido de los amores de un mortal y una diosa o de un dios y una mujer, sin derecho reconocido a la inmortalidad ni a su habitación en el Olimpo.

Los mitos o fábulas en que se relatan las aventuras de dioses y semidioses y en las que nosotros suponemos se encierra la protohistoria de los pueblos primitivos, ha sido y sigue siendo objeto de numerosas y variadas suposiciones. Mientras para unos es el lenguaje alegórico, bajo el que ocultaban los antiguos sabios sus estudios de astronomía y matemáticas, para otros no son más que pura invención de la casta sacerdotal que veía en el temor a la cólera divina un medio de que perduraran las sanas costumbres populares más tarde minadas por escritores y poetas perversos que introdujeron en la mitología actos sacrílegos y repugnantes como ejecutados por aquellas mismas divinidades que los pueblos adoraban.

Epicarno y Metrodoro no los creyeron más que elementos de la naturaleza, pero después, el filósofo Evmercel hubo de manifestar no eran sino reyes, príncipes y sabios, famosos en la antigüedad, deificados por sus descendientes, según él había leído en determinadas inscripciones que encontró en la isla Panchaia, en Asia, idea que por desgracia sentó escuela.

Primeramente defendida y divulgada con calor por el romano Ennius, ha llegado hasta nosotros como tema favorito de hombres como Clavier, Sainte Croix, Rochette, Boccacio y Conti en sus obras sobre mitología, que dieron lugar al atrevido supuesto, muy arraigado hoy entre nosotros, de que Júpiter reinó en Tesalia, Hércules en Fenicia, Horus en Egipto, y Gerión en España.

A este siguió una nueva tesis de que es autor el orientalista Brochart, que creyó encontrar en el hebreo antiguo la raíz del griego sacando en consecuencia que la clave de la mitología está en la Biblia, y por lo tanto Noé no es otro que Saturno, así como sus tres hijos son los dioses paganos Júpiter, Neptuno y Plutón, teoría a que se adhirieron Vossius, Huet y Gladstone, que veían en la mitología una nefasta interpretación de las sanas doctrinas dadas por Dios a la humanidad antes de su rebelión contra el Creador, cuando introdujeron en ella las impurezas que los condujeron al politeísmo y al antropofornismo.

Aún existe una tesis más, aquella que supone que la mitología de todos los pueblos de la antigüedad procede de una fuente común que se bus-

ca por medio de la Mitología Comparada, rama de la Filología, y de la que son autores Adalbert Kuhn y Max Muller, quienes creen encontrarla por la raíz del sanscrito y los relatos de los libros religiosos de los Vedas, desgraciadamente sin resultados positivos hasta ahora.

Entre las leyendas de la Grecia, la que reviste verdadero interés para nosotros por encerrar el dato más antiguo conocido de la historia de España, es el décimo de los trabajos impuestos a Hércules por Euristeo, aquel por el que le obligó a traerle a Beocia la manada de bueyes que en la Erythia tenía Gerión, el hijo de Chrysaor y Callirhoé, considerado el más fuerte de los hombres de su tiempo, y al que los poetas posteriores a Hesiodo describen como un gigante de tres cuerpos que hacía guardar sus ganados por otro gigante, Euritión, y un enorme perro de tres cabezas llamado Orthros.

La relación que de esta leyenda hace Apolodoro, dice que Hércules llegó a la Lybia, y por el pequeño istmo pasó a España después de levantar dos columnas en los monte Abyla y Calpe. Como le molestara el calor intentó disparar una flecha al sol, que admirado de su audacia le dió una copa de oro en la que el héroe navegó hasta la Erythrea, donde mató primeramente al perro, después al boyero gigante que acudió en su auxilio, y últimamente a Gerión, cuando arreglaba sus bueyes en el establo, llevándose estos por Tarteso a Micenas, donde fueron sacrificados en el altar de Hera.

Según Salustio el invasor fué Osiris, el dios egipcio, quien combatió y mató al tirano Gerión, al que según Suetonio consagró después un «lucus» en Sicilia y un oráculo en Pádua, dividiendo el reino entre los tres hijos del difunto rey. Estos parece ser se concertaron con Tifón para matar a Osiris, pero enterado del crimen, Horo, su hijo, vino de Egipto con un fuerte ejército y después de apoderarse del país dió muerte por su propia mano a Tifón, mandó degollar a los tres Geriones, y distribuyó las tierras entre sus tropas, cayendo la parte de costa en gentes del Mar Rojo, que dieron a la región el nombre de Erytrea.

El mito de esta fábula fué interpretado primeramente por el abate Bergier en 1767, en el sentido que las leyendas de la Grecia son la historia del país, la topografía de sus antiguas ciudades, y los trabajos efectuados por los primitivos colonos para hacer habitables los lugares en que se establecían. Gerión, es según este escritor, una laguna infecta que un pueblo inmigrante al establecerse en sus alrededores deseca por medio de un canal.

Es lo mismo que cree ocurrió cuando la Hydra de Lerma y El León de Numea.

En cambio, Decharme, escritor contemporáneo, opina se trata de una divinidad solar. Gerión, dice, es en griego, el que ruge, muge, o hace ruidos que asustan, es decir, la tormenta. Crisaor, su padre, en griego, espada brillante, es el relámpago; Calliroé, la lluvia; Orthos, el crepúsculo; Eurytión, la oscuridad; las vacas, las nubes cargadas de agua; asuntó que como se vé no es más que una variante de la leyenda aria de Veda, en la que Pamí, al igual que Hércules roba las vacas que aquel héroe escondía en una oscura caverna cuya entrada guardaba la serpiente Ahi, y que en su origen procede de la misma fuente que la lucha de Indra y Vitra, que como la de Hércules y Gerión, no es otra que la personificación, según los mitólogos, del triunfo del sol sobre la tempestad.

Para nosotros es interesante este mito porque en su relación creemos ver una antiquisima invasión del suelo hispano por gentes venidas del Africa, que cruzando el istmo penetraron en la Tarteside y llegaron hasta la isla Eritrea, vecina al Oceano, que unos suponen el desaparecido islote de Santi Petri, y otros la actual isla de San Fernando, donde chocaron con los defensores del país, un pueblo pastor, al que derrotaron, mataron el Jefe o rey, y cuyos ganados se llevaron como botín de guerra.

De lo que haya de verídico respecto a esta invasión, como de la fecha en que ocurriera y de las gentes que la efectuaron, no hay por desgracia noticias ningunas salvo las conocidas citas de autores romanos desprovistas en absoluto de sólido fundamento histórico.

Fundándose en la cita de Scymoo de Chios *«Inmediatamente se halla la isla Erytrea, pequeña en extensión, la cual tiene rebaños de bueyes y otras clases de ganados iguales aquellos a los egipcios y a los thespotrios del Epiro. Son sus moradores etíopes occidentales que fundaron allí una colonia»*,

algunos escritores modernos creen ver reminiscencias orientales en determinadas razas bovina y caballar que aún existían en la Edad Media, en las esfinges que ostentan las monedas de Hilliberri, Ursio, Cástulo y Basti, en la cabeza de mujer grabada en hueso encontrada en el cementerio romano de Carmona, y en la difusión de signos como la cruz savástica, símbolo de la llama que fué sagrado en la India y luego se extendió por todo el oriente, de donde pasó a Chipre, Grecia, la cuenca del Mediterráneo y el norte de Africa.

Fundan estos historiadores sus asertos en una invasión indopersa, que suponen ocurrida entre los siglos LX y LXV, antes de J. C., y que trajo a España, Grecia e Italia la cultura asiática perfeccionada a su paso por el Egipto, cultura que perduró principalmente en la Tarteside.

Para ellos la leyenda de Abydis simboliza la fusión de dos pueblos: el indígena y el extranjero invasor. Abydis es un bastardo

cuyo nacimiento y detalles históricos concuerdan con los de Ciro el persa y Perseo el griego, y que agregado al trono con su abuelo, adoctrina a su pueblo, le da leyes, lo reúne en ciudades, lo civiliza y le enseña la escritura cuneiforme asiática corriente en Asiria, Babilonia y Persia, que a su vez es el mismo asunto de las leyendas de Italo y Tripolemo.

Pero aún hay otra versión más con respecto a este asunto. Aquella que considera al bíblico Tubal, el hijo de Sem y nieto de Noé, el Hércules invasor divinizado por las gentes de Gades y de Erba en aquellos primitivos templos que en estas ciudades existían cuando a ellas llegaron las primeras naves fenicias. La creencia descansa tan sólo en la cita de Flavio Josefo en sus antigüedades judaicas. «Tobel señaló asiento a los tobelianos que al presente son iberos», y en la que como se ve para nada se menciona a España, ni se concibe tampoco que el patriarca ni sus descendientes abandonaran el Asia donde de nada carecían para venir a



D. Eduardo Díaz y Llanos,

distinguido escritor, cuyo libro "Apuntes sobre la Tierra y el Hombre", publicado recientemente, ha merecido generales elogios de la crítica.

poblar una región desconocida y lejana para llegar a la que tendrían que vencer no pocas dificultades en su larga marcha.

Hoy es creencia general que la cita se refiere a los iberos-asiáticos, de que se ocupa en diversos pasajes de su obra, y que es sabido estaban establecidos en la región situada entre la Colquida y la Albania.

Recordemos que en ese mito del Hércules griego, que tanto recuerda el de Teseo y el de Apolo, se han acumulado hazañas atribuidas primeramente al fenicio Herakles y al lidio Sandón.

Además este mito contiene hazañas elaboradas unas en Tebas, donde el héroe nació y pasó sus juveniles años, y otras en Argos, donde según la tradición se fraguaron sus trabajos, algunos de los cuales no se le reconocieron hasta después de la conquista de Grecia por los Dorios, pueblo al que se debe la importancia que adquirió su culto y su extensión por el Mediterráneo.

Que Tubal, o Thobel, como le llama la Biblia, de quien San Jerónimo dice vino a poblar la Iberia, era, según los tubalitas, un jefe de los Chetas establecidos en el norte de Siria, de donde suponen vendría a través de la Cilicia y la Libia a la región de Calpe, donde se estableció con los suyos.

Que desde tiempo inmemorial eran España y Sicilia los obligados países de tránsito de cuantas tribus emparentadas con los libios del Atlas venían a establecerse en Europa, donde hay que reconocer desarrollaron una admirable civilización durante el período neolítico, cuando ya componían la población más numerosa de España, Francia, Suiza e Italia, y a las que se achaca la construcción de los palafitos suizos, el laboreo de las minas, la explotación de las salinas de la Tartésida, el adelanto en la industria de la piedra y el incremento de la ganadería y la agricultura por toda la cuenca del mar interno.

Que con referencia a esta leyenda, dice Estrabon: «Pherecides parece que llamó a Cádiz, Erythrea, y cuenta que en ella ocurrió la fábula de Gerión. Otros suponen que Gerión habitaba en

una isla cerca de Cádiz, separada de ella como un estadió y en la que la abundancia y la calidad de las yerbas era tal, que la leche de las ovejas con ella alimentadas necesitaba mezclarse con agua para poder hacer quesos, y a cada treinta días era preciso sangrar las vacas, pues si no se sofocaban. Es una yerba que jamás se riega, pero que nutre extraordinariamente y por ello se conjetura que aquí sucedió lo de las vacas de Gerión.»

Que en nuestros días existe por toda la costa de la Tartésida, una planta que llaman Borrassa, la Salsola Soda, de Linn, de que existen varias especies, todas ellas de gran nutrición para el ganado, y de la que exclusivamente se alimentó durante siglos en las marismas de la provincia de Huelva la raza de caballos llamados marismeños, casi desaparecida hoy por no existir ya en la provincia la abundancia de borrassa de otros tiempos, destruidas las plantas por las aguas cobrizas de las minas.

De esta borrassa sacaban los antiguos la Barrilla, que venían a buscar a los emporium de Saltés y Cádiz, famosos por su buena calidad, y que hoy cuando ya el producto ha necesariamente degenerado, dá un 25 a 30 por 100 de carbonato sódico.

Reunidos estos datos creemos poder reconstruir el mito en la forma siguiente: A principios de la época neolítica habi-

taba la hoy región de Andalucía un pueblo pastor probablemente de origen africano, conocido de unos y desconocido de otros, de los que entonces poblaban el norte de la Libia.

Un día, las tribus más cercanas a Calpe vieron llegar en tropel buen golpe de extranjeros que vestían extraña indumentaria, se expresaban en una jerga desconocida y destruían cuanto encontraban a su paso.

Los indígenas, que serían pocos y carecían de jefes y de armas, echando por delante sus ganados, única propiedad de entonces, retrocederían hacia la costa donde estaban los grandes poblados y moraba el rey, a quien contaron lo que sucedía.

Gerión, el supuesto rey de aquellos naturales



Excmo. Doctor José Manuel Goenaga,
Justre diplomático colombiano, actual Ministro en Bélgica y antiguo Presidente de la Academia Colombiana de la Historia.

del país, que la leyenda describe como un gigante con tres cuerpos y nosotros suponemos era Jefe de tres tribus, no considerándose con fuerza suficiente para salir al encuentro de los invasores, los aguardó con sus hombres en la isla Erythrea, donde los extranjeros le acometen, lo derrotan, y lo matan, dispersándose su ejército y quedando los recién llegados en posesión del país y de cuanto contenía.

Esta fácil victoria que da a los invasores un

lebre templo al dios nacional, el que influido por los extranjeros y creyéndose superior a los demás de su región provocó la rebelión indígena que expulsó de Gades a los hijos de Tiro y atrajo a la Tarteside las tropas de Cartago y la cruenta guerra que ensangrentó la región, destruyó la ciudad de Tarteso y avasalló a los hijos del país hasta el extremo de obligarlos a combatir en sus ejércitos contra los romanos.

Eduardo Díaz

Huelva, Septiembre 1919.



Colón se despide del Prior de la Rábida

país fértil, de clima benigno, cuyas abundantes tierras riegan ríos de largo cauce, señala una nueva era en la vida nómada de aquellas gentes, que sean ellos o sean sus sucesores, unen a los méritos de su caudillo, al que, tiempos después deifican y erigen templos como los hallados por los tirios a su arribo a Gades y Saltés.

El enigma no es la invasión, pues en aquellos tiempos éstas no debieron limitarse al caso que nos ocupa, dado el que a principios del neolítico fué cuando ocurrió el movimiento de expansión de los pueblos que ocupan la actual costa marroquí; lo desconocido, lo que se ignora por completo, es el pueblo que la verificó, que unos suponen de origen libio y otros, indo-germano.

Fuese el que fuese, este pueblo debió fusionarse con el indígena y probablemente sería el que ocupaba Gades y su región cuando allí se establecieron los fenicios, aquel en cuyo obsequio y como prueba amistosa edificaron los Tirios el cé-

D. JUAN MANUEL DE CAPUA

En Burgos, su tierra natal, donde desempeñaba las funciones de Secretario de la Audiencia, entregó su alma a Dios el que fué nuestro amigo espiritual desde el primer día que dimos a la publicidad esta revista.

No conocimos al hombre, pero conocimos su obra y ella supo crear en nosotros sinceros vínculos de amistad a través de la distancia, siéndonos su persona sobradamente conocida y despertando en nosotros la más grande de las admiraciones la constante labor de aquel espíritu consagrado al saber y a la investigación.

Seguir paso a paso su obra literaria constituiría empresa superior a nuestras fuerzas, pues sería tanto como historiar una vida consagrada en su plenitud a la difusión de la cultura de la cual fué paladín esforzado e incansable.

La breve reseña biográfica y bibliográfica que

a continuación publicamos darán idea mejor que cuanto nosotros pudieramos decir acerca de la inmensa tarea llevada a cabo por el infortunado muerto, arrebatado a la vida cuando tanto podía esperarse todavía de su privilegiado cerebro y de su brillante pluma.

Descanse en paz el alma del finado y reciban su viuda e hijo el testimonio del sincero pesar que embarga a todos cuantos en esta casa laboramos.

Notas biográficas y bibliográficas

Abogado y escritor español contemporáneo que ingresó por oposición en el cuerpo de Telégrafos (1880) y después (1889-90) en la carrera judicial. Ganó las oposiciones para relator-secretario de la audiencia de Pamplona (1893); figuró en terna para la plaza de secretario del Tribunal Supremo; después de obtener por concurso la secretaría de la audiencia de Madrid (1898), ocupó desde 1900, una secretaría de Sala de la audiencia territorial de Burgos. Ha colaborado en distintos periódicos de Madrid y provincias, siendo notable la patriótica campaña que realizó en la «Opinión» de Asturias (1895-1897) durante la guerra de Cuba.

Ha obtenido en públicos certámenes 95 premios de sociología y de derecho, siendo los más notables: «El derecho de testar (premiado en Jaén 1908), «La infancia abandonada y delincuente» (Tortosa, 1908), «Educación de la clase obrera» (Burgos, 1908), «La mujer obrera» (Málaga, 1908), «La licencia marital que necesita la mujer para contratar: límites» (Sevilla, 1909), «El descanso Dominical» (Salamanca, 1909), y «Programa de acción social católica» (Ecija, 1909).

Ha merecido también otros premios de carácter literario en certámenes de esta clase, entre ellos por los trabajos: «La pintura, la poesía y la música» (Cádiz, 1908), «Biografía del poeta Curros Enríquez (Vigo, 1908), y «El amor» (Sevilla, 1909).

Fué profesor de la Real Academia Matritense de Jurisprudencia, cuya docta corporación premió sus dos trabajos: «La guerra y el duelo» y «Sobre las facultades discrecionales del Juez».

Perteneció como socio de mérito a la Academia de Ciencias Sociales de Burgos en la que hizo activas campañas en favor de la vulgarización científica y especialmente sociológica dedicada a las clases trabajadoras.

Ha publicado «El teatro inmoral: lo que debe ser el teatro» (Burgos, 1907), «El teatro de los niños» (1910) y ha dado a la escena, representadas con aplauso, las obras: «El amor y la política» (juguete cómico en un acto y en prosa, 1893), «Frivolité» (comedia en un acto y en verso, 1897), «La mejor carrera» (monólogo en verso, 1897), y «Las primeras canas» (monólogo en verso,

1899), además de algunas otras que no han llegado a estrenarse.

El resumen de sus méritos y sevicios, puede compendiarse así:

Títulos científicos por exámen, oposición o mérito, 9.

Oposiciones ganadas, 3

Obras y series de artículos publicados, 9

Concursos de mérito ganados con el nombramiento obtenido o figurado en terna, 4

De estos concursos ha ganado en el Tribunal Supremo, 2.

Premios de carácter jurídico, 20

Memorias jurídicas no impresas discutidas en la Real Academia de Jurisprudencia.

Cargos servidos en la carrera

A. Juez de primera instancia e instrucción.

B. Relator.

C. Secretario de Gobierno de Territorial fuera de Madrid.

D. Secretario de Gobierno de la Audiencia de Madrid.

E. Secretario de Sala de Territorial.

Contaba treinta y ocho años de servicios al Estado prestados sin interrupción y de estos tenía veinte y cinco años de servicios en la carrera a que pertenecía.



El Monasterio de la Rábida

Se levanta la fundación sobre un cerro de fuerte pendiente, limitado al Norte, Sur y Poniente por las aguas del Tinto, de la ría de Huelva y el estero de Domingo Rubio; al Este confina con la espléndida campiña de Palos, uno de los lugares más pintorescos de España.

Los datos históricos del insigne Monasterio anteriores a la época colombina son incompletos y sembrados de leyendas inadmisibles; en algunas de ellas se encuentran, sin embargo, antiguas tradiciones que refieren con misticismo los habitantes de estos lugares, y en las que palpita un fondo de verdad y realismo. Se ha encontrado, procedente del archivo del convento, un manuscrito del año 1714, titulado «De la antigüedad del convento de Nuestra Señora de la Rábida y de las maravillas y prodigios de la Virgen de los Milagros», que aparece redactado por el P. Fray Felipe de Santiago, religioso de la Orden de San Francisco y que residió muchos años en el Monasterio; dicho manuscrito, de marcado sabor religioso, y que atribuye a la Virgen que en el convento se venera, estupendos y numerosos milagros, apenas nos da noticias concretas referentes a an-

tedentes históricos de la fundación, y aún de manera más difusa relación arquitectónica de su construcción, pues Fray Felipe de Santiago era, sin duda, poco versado en arquitectura.

Autores competentísimos, entre ellos D. Rodrigo Amador de los Ríos, aseguran que en el lugar que hoy ocupa el Monasterio se levantaba, en época románica, un templo pagano bajo la advocación de la diosa del Infierno, y en los tiempos del emperador Trajano; que todo el collado o montículo en cuya cima se asienta la Rábida estaba dedicado a Proserpina, y que en una oscura cueva allí existente se hallaba el templo de la diosa, donde se celebraban en determinadas épocas del año cruentos sacrificios humanos.

La conversión del templo pagano en iglesia cristiana debió tener lugar después de la paz de Constantino, ya que nos es lógico suponer que a mediados del siglo II de la era cristiana toleraran los romanos que en el templo a Proserpina se estableciera el culto a Cristo.

Dedicado ya a nuestra religión después de la época dicha, tal vez durante parte de los tiempos de la invasión árabe continuara siendo iglesia cristiana, pues como es sabido, los musulmanes consentían a los españoles la conservación de sus templos y su culto mediante el pago de un tributo; pero dicho estado de cosas debió concluir una vez establecidos definitivamente los mahometanos en Andalucía, ya que el nombre de *rábida* es árabe y similar al de *rabitha* o lugar santo, con el que se designa desde fecha inmemorial el lugar y lugares que circundan al famoso Monasterio.

Rabithas o Rajaitas llamaron los musulmanes a las fortalezas y santuarios habitados por religiosos con investidura militar: los hay en España en distintos lugares: en Antequera, Albuñol, Jaén y en San Carlos.

Reconquistada la región por Alfonso el Sabio, dice el Sr. Amador de los Ríos que los templarios se apoderaron de la Rábida, en la que permanecieron hasta la extinción de la Orden, siendo relevados por los franciscanos, que se llamaban, al decir de Rodrigo Caro, solitarios de San Francisco.

Habitado el santo lugar por los franciscanos, ocurrieron desde el año 1484 al 1492 los memorables acontecimientos de la estancia de Colón y de su hijo Diego en el convento, las conversacio-

nes en la Sala, hoy denominada de esa manera, y las repetidas entrevistas entre el que después fué primer almirante de India y los inoivables Fray Juan Pérez, Fray Antonio de Marchena, Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yañez, sucesos históricos que han dado universal renombre al Monasterio.

Pasada la época colombina, vuelven aquellos lugares a sumirse en el olvido hasta que, decretada la extinción de las Ordenes regulares, la que se llevó a cabo en 1835, y quedándose el convento sin moradores, llegó a tal estado de abandono y de ruina, que el ilustre arquitecto restaurador del edificio, excelentísimo Sr. D. Ricardo Velázquez Bosco, dice en las primeras páginas de su reciente libro sobre la Rábida:

«Más vale echar un velo sobre el deplorable estado de ruina a que había llegado el insigne Monasterio y consignar sólo los que contribuyeron a que no desapareciera totalmente.»

Debe decirse ahora, siguiendo el obligado método cronológico, que cierto gobernador de la provincia, D. José María Escudero, propuso al gobierno la demoli-

ción del edificio, colocándose en su lugar una modesta lápida que recordara a la posteridad el papel desempeñado por la fundación en la historia del descubrimiento; el Gobierno, ni corto ni perezoso, dictó la Real orden de 5 de Agosto de 1851 aprobando la propuesta del señor Escudero, más por fortuna, en aquellos días éste había cesado en su cargo y relevado por D. Mariano Alonso Castillo, a quien la región onubense deberá siempre gratitud, ya que se negó a cumplimentar la citada Real orden, siendo apoyado valientemente por la Diputación de Huelva y la Comisión provincial de monumentos.

El incidente fué comentado, dándosele franca publicidad por la Prensa local y la de Madrid y motivando la visita de algunas personalidades a la Rábida; una de ellas, el ilustrado duque de Montpensier, tan amante de las artes y de las tradiciones históricas, entregó además un cuantioso donativo a la Diputación a fin de aumentar los fondos que la Corporación provincial tenía ya destinados, más que a la restauración del Monasterio, a la contención de su ruina, evitando el desplomamiento total del sagrado edificio. No pudo, pues, evitarse, por la escasez de recursos y por falta de



D. Luis Lossada y Ortíz de Zárate
Presidente de la Comisión de Fiestas de los
actos colombinos.

personal competente, que la fundación, una vez más salvada de la ruina, tuviera un aspecto de cortijo o de destartalada granja, en la que no se veían vestigio de arte, y sólo en uno de sus patios, de una manera harto difusa, ténues líneas de arquitectura mudéjar que iban desapareciendo bajo capas de cal formadas en el transcurso de los siglos por continuos blanqueos, de uso tan frecuente en Andalucía; pero allí donde los profanos no veían nada que revelara la existencia de un verdadero monumento artístico, la intuición y ojo experimentado del sabio orientalista Sr. Velázquez Bosco encontró un meritísimo testimonio del arte mudéjar, y de los más interesantes que se conservan en España.

Poco después, y en vista de los informes técnicos, declaróse el Monasterio monumento nacional y empezáronse con la mayor actividad las obras de restauración del patio mudéjar, donde ya había acordado el Gobierno Cánovas la celebración del Congreso Internacional de Americanistas; la sesión inaugural celebróse allí el 7 de Octubre de 1892, presidida por el presidente del Consejo, que también ostentaba la dirección de la Real Academia de la Historia, asistiendo al acto numerosas personalidades nacionales y extranjeras. En el discurso presidencial, que fué elocuentísimo, ofreció Cánovas a los congresistas que la sesión de clausura sería presidida por S. M. la Reina doña Cristina desde este sitio—añadió—, que oyó tantas veces los pasos de Colón y se alegró con los primeros latidos del descubrimiento de un nuevo mundo; aludiendo a la falta de comodidades del lugar escogido por él para tan solemne asamblea, disculpó su iniciativa ante la irresistible atracción que hacia este sitio sentía por el amor y veneración a lo pasado; terminó su maravillosa alocución haciendo votos por la completa restauración del Monasterio, ya que, sin duda, al insigne estadista, que tenía exacta noción de lo que el edificio significaba, no podía ocultarse la necesidad de que el mundo civilizado lo contemplara con idéntico sabor y el propio ambiente que ostentaba cuando Colón se hospedó bajo sus artesonados techos.

El 10 de Octubre de 1892 fueron SS. MM. el Rey y la Reina Regente por primera vez al Monasterio, donde se entonó un «Te Deum», volviendo el 12 de aquel mes y año, en que se cumplían cuatro siglos del providencial hallazgo de la primera isla india del mar Oceano, a la que los naturales llamaban Guanahani: con toda solemnidad, en la Rábida recibióse a los egregios visitantes, y en una de sus históricas celdas firmó la piadosa Soberana algunos Reales decretos; uno de ellos disponía la fundación en el Monasterio de un Co-

legio para misiones fuera de España, que aún no ha tenido efectividad.

Los terrenos que circundan la fundación fueron convertidos en espléndidos jardines, a los que daban acceso una carretera que, partiendo del muelle que se construyó con motivo del centenario, venía a concluir al pié del monumento a los descubridores que se levanta cerca de la fachada principal del convento, dando frente a la pintoresca ría de Huelva.

Poco diremos de este monumento, obra del Sr. Velázquez Bosco, y en la que se hermanan la grandiosidad y el arte; desde hace años está sin concluir por falta de créditos y expuesta la construcción a derrumbarse, ya que es combatida por los fuertes vientos del Sudoeste reinantes en este trozo de costa. A la Rábida vienen cada año mayor número de extranjeros afanosos de contemplar los lugares de la génesis del descubrimiento, y a los que no puede ocultársales el espectáculo de nuestra desdichada Administración, que desde hace veitiseis años tiene abandonado el testimonio de la admiración de España a los valientes marinos que le legaron un mundo, con motivo de celebrar el cuarto centenario de su hallazgo.

La Sociedad Colombina Onubense, cumpliendo uno de los fines de su creación, ha realizado en la corte activísimas gestiones para que la terminación del monumento sea una realidad, obteniendo de los diversos ministros de Instrucción pública que oyeron las quejas excelentes palabras, copiosas promesas y plenas seguridades de que no pasarían días sin remediarse el punible abandono... Pero pasaron no solo los días, sino los meses y los años, y aquí continúa desmoronándose el artístico monumento; y al decir de los técnicos, en breve plazo caerá a tierra, sin que tal vez detenga el lamentable accidente la próxima visita al Monasterio del personal de una Legación que representa a una gran República de origen consanguíneo español y que proyecta, el 12 de Octubre venidero, inaugurar una espléndida lápida de bronce, que se colocará en la Sala de las Conversaciones del convento, y que estos americanos amantes de España dedican a los primeros descubridores de las Indias Occidentales. ¿Permitirá el Gobierno actual este bochorno?

Yo confío en que el Sr. Burgos y Mazo, hijo de Moguer, que siente la leyenda colombina y que desde su escaño del Senado interpeló enérgicamente al señor Burell para que cesara la desidia oficial, no permitirá que continúe tal estado de cosas y hará comprender a su compañero de Instrucción pública la ineludible necesidad de terminar en perentorio plazo el monumento de la

Rábida, por ser cuestión que afecta al decoro nacional.

J. Luis H. Pinzón

La Rábida, Julio 1919.



PALABRAS DE UN SABIO

España Nueva y España Vieja

¡CUANTA VERDAD!

Con verdadero placer transcribimos el brillante artículo que el maestro entre los maestros, el

Menéndez y Pelayo, Farinelli, yo mismo antes de que la vulgarizara un librito reciente de Julián Juderías, muy útil en aquel sentido, pero forzosamente incompleto. No; muchos de esos hombres a quienes saludo y a la vez sectarios, son también víctimas del hispanofobismo que sembró el mundo de leyendas y prevenciones contra España, en tan grande cantidad (y a veces, con el cándido asentimiento de muchos españoles), que será labor de muchos años y de muchos esfuerzos desvanecerlas y reducir los hechos a su verdadero valor.

Por ser así como digo, no pocos de los que



Colón, de vuelta de su primer viaje a América, es recibido por los Reyes Católicos.

ilustre y sabio catedrático D. Rafael Altamira, publica en el periódico españolista «Hispano» de Bahía Blanca.

El sano optimismo que revela en sus palabras el Sr. Altamira, conforta a cuantos nos consagramos a las lides americanistas, reafirmandonos en nuestra creencia de que la vitalidad de la raza española permite asegurar un porvenir espléndido para España y sus hijas las repúblicas hispano-americanas.

He aquí el sustancioso y admirable trabajo:

«No todos los que hablan mal de España o dudan de ella (de su valer como nación, de sus aportaciones a la cultura y al trabajo, de la importancia humana de sus hechos históricos) son enemigos nuestros, satélites apasionados de la secular hispanofobia, cuyo proceso estudiaron Morael Fatío.

repiten conceptos contrarios a España pueden fácilmente ser convertidos al verdadero punto de vista. Carecen de mala intención o de sentimientos apasionados; son sus errores pura consecuencia de errores recibidos sin recelo, y ceden pronto ante la demostración contraria. De ahí que cada día aumentan más las rectificaciones favorables a nuestro país. Pero aún queda un tópico común, en el cual se detienen muchos de los que modifican su anterior posición anti-española, y también muchos de los que sinceramente quieren creer en nosotros y por sí mismos rechazan las prevenciones antiguas.

Ese tópico corresponde a una nueva posición hábilmente tomada por los verdaderos hispanófobos para disimular la pérdida de la antigua, que lo negaba todo y para atraer a las gentes con la

aparición de una ecuanimidad fingida, de un término medio grato a las inteligencias ponderadas que huyen de la exageración.

Consiste ese tópico en conceder la existencia de una «España nueva» con la que se puede entender la civilización actual; una España regenerada y regeneradora que va abriéndose paso en la vida nacional; que está dotada de todos los ideales y de todas las energías de los tiempos modernos, y que lucha valientemente por sustituir a la «España vieja», respecto de la cual continúan siendo exactos todos los juicios de la hispanofobia. Esa España vieja es para muchos toda nuestra historia hasta el momento presente.

Según esa distinción, España cuenta ahora con hombres ilustres, a la altura de las exigencias modernas en todas las disciplinas, o en buena parte de las cultivadas; con inventores, con sabios, con espíritus liberales y transigentes, con literatos, con artistas, con educadores, etc.; que participan de la obra universal de la Ciencia y el Arte, y a ella contribuyen con aportaciones propias. Hay (incluso dentro de esa distinción), progreso industrial y agrícola, renacimiento económico, grandes mejoras en la urbanización, originalidades dignas de todo elogio (y aún presentables como modelos) en la legislación, en las costumbres y en los organismos sociales; pero todo eso es nuevo, es de hoy y contrasta fuertemente con nuestra inutilidad absoluta en los tiempos anteriores. Antes de la segunda mitad del siglo XIX, España (la España vieja) no ha hecho nada útil, no ha tenido un sólo hombre incorporable a la civilización del mundo, no ha producido literatura, ni arte, ni derecho, ni ciencia, ni energía, ni nada. Todo lo antiguo nuestro hay que borrarlo y olvidarlo; es lo mejor que pueden hacer los amantes de la «España nueva» en obsequio de ésta. Rómpanse con toda nuestra historia como con cosa inútil, y, más que inútil perjudicial; arrójese lejos ese peso muerto de los siglos infecundos y volvamos los ojos hacia esa otra España que, si todo lo dicho fuera exacto, ya no sería España, sino algo diferente de todo lo que España fué hasta ahora, y sin entace y trabazón con ello. Obsérvese que este juicio es, ni más ni menos el del célebre M. Masson a fines del siglo XVIII, es decir, el de la más genuína hispanofobia originada por el más perfecto desconocimiento de nuestro pasado muy corriente entonces, y por una prevención apasionada hacia todo lo español.

Para los que así piensan, o los que aceptan sin

rectificar lo más mínimo esta sentencia contra nuestro pasado repetida hoy como si fuera una novedad, han pasado inadvertidas las vindicaciones de nuestra ciencia, de nuestro arte, de nuestras instituciones, de nuestra colonización, de nuestro derecho, de nuestra cultura general, hecha por escritores españoles y también en gran parte, por escritores extranjeros. La acusación en lo relativo al orden intelectual, la ha refrendado recientemente un librito publicado por la Universidad de Cambridge, y que la ha esgrimido para sus fines particulares, sin discutirla poco ni mucho, un profesor español que se cuenta a sí mismo entre los regeneradores. Cito el hecho solo para demostrar



Hermosa avenida que conduce al Monasterio de Santa María de la Rábida.

lo fácil que es caer en este engaño, por lo metido en el espíritu que tienen todavía las gentes (los españoles inclusive, y si se las echan de «hombres modernos», más aún, en la mayoría de los casos), los errores y prejuicios tradicionales y el pueril recelo que muchos tienen de ser confundidos con los ignorantes y los intransigentes de otros tiempos, si conceden la cosa más mínima a la «España vieja». Pero en todo eso hay una equivocación profundísima. A quienes se empuñan en ella por pasión, que rehuye oír la voz de la verdad, o porque, sabiendo que se equivocan, persisten firmemente en repetir errores que sirven para la ejecución de un plan necesitado de tales medios, sería inútil tratar de convencerles.

Pero a los muchos que de buena fe afirman eso mismo, hay el deber de llamarles la atención en la seguridad de que sabrán oírnos con benevolencia y se prestarán sinceramente a la comprobación de los hechos.

No voy a repetir ahora lo que con todo pormenor he dicho en libros como la Psicología del pueblo español, y en artículos y conferencias como los del Times (suplemento español de Junio de 1914) el Congreso de Expansión Comercial (Barcelona 1914) el Congreso Histórico de California (1915), etc. Bastará referirme a esas demostraciones eruditas y exponer las conclusiones a que autorizan ellas y toda la literatura moderna de historia española, a saber: que en la España de hoy, en la España de ayer, en la España nueva y en la España vieja hay de todo: bueno y malo. Ninguna de las dos tiene la exclusiva de una de esas condiciones.

Naturalmente, hallamos muchas más cosas conformes a nuestros intereses y a nuestras necesidades en lo de hoy que en lo de ayer porque las

formas del vivir y del pensar son temporales: varían a compás de las circunstancias y se amoldan de cada vez a lo que son y quieren los hombres; pero eso mismo nos exige juzgar cada tiempo dentro de sus propias condiciones, y no según lo que nosotros actualmente exigimos al nuestro y sería inútil que pidiéramos al pasado. Ninguna nación de las que hoy viven ha sido en épocas anteriores como hoy es, y, por tanto, sus criterios de juicio son forzosamente diferentes para los distintos momentos históricos, y como todas ellas fueron víctimas y ejecutoras juntamente de actos de fanatismo, de intolerancia, de arbitrariedad, de explotación del débil, de absolutismo en el mando, de deslealtad en lo prometido, de injusticia social, de ignorancia y de error en el conocimiento, y en corregir todas esas cosas (algunas aun no se han corregido en ninguna parte, o, cuando menos, para todos los órdenes de la vida) ha consistido su progreso y su transformación, ninguna puede echar nada en cara a las otras respecto de su pasado, porque todas tienen el tejado de vidrio.

La España vieja, pues, ofrece para nuestra manera de pensar (no tanto para la de sus contemporáneos en cada momento de ella) muchas cosas censurables y que, sin duda, preferiríamos todos que no hubiesen ocurrido; pero igual sucede en las demás naciones. En lo malo, todo el pasado de Europa (y de América) es, poco más o menos, lo mismo, y aún cabe decir, con todo rigor histórico, que fué algo menos malo en España que en otras naciones, verbigracia, Alemania, Rusia.

Vengamos a la buena; queda establecido que el criterio de bondad es relativo a la manera de pensar y de realizar las cosas en cada tiempo.

Ahora bien: cualesquiera que sean hoy nuestras ideas y nuestras aspiraciones en materias científicas, literarias, artísticas, de Derecho, de organización social, de vida económica, etc., puede dudar nadie ya que España hizo en los siglos pretéritos y según el ideal que en ellos tenían los hombres, tanto, (y en algunas cosas más) como las otras naciones hacían contemporáneamente. No; y la satisfacción (a veces también la admiración) que legítimamente sentimos los españoles, (aún los más modernos y radicales por muchas manifestaciones de nuestra civilización en anterio-

res siglos, está refrendada por la de toda la opinión culta y extranjera, que a menudo se ha anticipado a nosotros y nos ha descubierto cosas que hoy, por un mal entendido modernismo despreciábamos. No es de nosotros, sino de todo el mundo la admiración al Quijote, al Romancero, a la novela picaresca, a buena parte de nuestro teatro, a Velázquez, al Greco, a Zurbarán, a Berruguete, a los rígeros ojivales y del Renacimiento, a Victoria, a Suárez, a Mariana, a Vives, a muchísimos más hechos y hombres que son tan de la España vieja, como Torquemada, Felipe II en cierta parte de su política, la Inquisición (que también tuvieron otros pueblos) y demás cosas que quisiéramos ver borradas de nuestra historia, pero que sería un error considerar como lo único hecho entonces por España.

En ese error, juntamente con el de creer que las ideas y procedimientos que hoy censuramos de que la Humanidad ha procurado corregirse a medida que se civilizaba más y más, fueros exclusivos de España (siendo así que de ellos participaron todas las naciones del mundo), está la injusticia de la distinción que se quiere hacer entre la España vieja y la

España nueva, suponiendo que en aquella todo es odioso e inútil, sencillamente porque solo se ve una parte de ello, la que nuestro moderno sentir rechaza y los pueblos todos desearían borrar de su historia.

Pero en el fondo de todo este hay cierto equívoco que he de señalar antes de poner fin a estas consideraciones. El equívoco está en el sentido de la palabra viejo. No todo lo antiguo es viejo, y hay mucho viejo en lo moderno. Lo insensato es empeñarse en que siga viviendo lo viejo, en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas o deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España vieja no es la del siglo XVI verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy fuese, en todo, como en el siglo XVI. La España nueva es la que queriendo, cada día más vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en los tiempo pasados, y que en eso, la



Excmo. Sr. D. Bernardo Picamill
Gobernador Civil de la Provincia

mayor fuerza consiste en no romper la tradición que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida. Todavía hay otro error novísimo (y es puramente español de origen), que consiste en suponer que los ideales y prácticas de la España nueva y la España vieja están repartidos geográfica y casi antropológicamente, en dos partes de la Península: la periferia septentrional y oriental en cuanto a los primeros, y el resto del territorio en cuanto a los segundos. Comenzó por atribuirse esa pretendida distribución a una superioridad antropológica y de cultura; luego ante las protestas de los injustamente agraviados y los mentís de la investigación científica, se abandonó esa explicación, sustituyéndola por la de una mayor aptitud en los hombres de la mencionada periferia para adaptarse mejor que los otros a las condiciones de la vida moderna. Por ser más suave no es menos equivocado ese supuesto. Si se forma una lista de los nombres más representativos en nuestra historia contemporánea, de la España nueva, se verá que muchos de ellos (y precisamente de los iniciadores y precursores, Sanz del Río, Giner, Salmerón, Castelar, etc.) No son del Norte ni del Este, sino de esas regiones de España que se estiman como inadaptables; y lo mismo se podría decir de algunos núcleos más vivaces y fecundos en su propaganda de reformas, aquellos precisamente que se deben estimar como los creadores de la nueva orientación ideal de España, antes de que apuntase en las regiones periféricas. No. Dejemos esos regateos hijos de un olvido ingrato o de una vanidad insostenible. Por fortuna la España nueva está en todas partes de su territorio, en todos los grupos más o menos diversos, de sus habitantes, y por ser así vence y vencerá más cada día.

Queda ahora por determinar que cantidad de España vieja tenemos realmente, tanto en la periferia como en el resto de la Península, porque también la hay, y muy arraigada en el Norte y en el Este.

Esa determinación permitirá ver cuán exagerada es la creencia de que viven en nosotros muchas cosas del pasado referidas a nuestra organización interior o a nuestras relaciones internacionales, por lo menos, con aquella vivacidad que permitiera considerarlas como predominantes y directora de nuestra vida presente.

Rafael Altamira,



UNA CARTA

Ilmo. Sr. D. José Marchena Colombo.

Mi querido amigo: La lectura de su grata anterior produce en mi ánimo sensaciones tan heterogéneas como el placer y el dolor, alegría y pesadumbre, halago y desasosiego, inquietud y preocupación.

Placer, alegría, halago, todo brota espontáneo como culto a la vieja amistad que remoja al menor soplo, porque lo bien cimentado es perenne; eterno dolor, pesadumbre, desasosiego, inquietud, preocupación, todo me atormenta por sentirme chico e incompetente para figurar mi firma en su Revista Colombina Ibero-Americana, en LA RÁBIDA, que sugiere y despierta sentimientos de amor a la cuna del Descubrimiento, de admiración a sus

héroes, de veneración a los lugares colombinos.

Escribir en LA RÁBIDA es tanto como pedir *ipso facto*, benevolencia a su esclarecido director; con ella cuento, porque jamás la negó a la amistad, que si vieja, no se avieja, y en las canas lee ingenuidad de niño; al lector suplico indulgencia si al historiar hechos que iniciados en nuestra modesta casa llenaron página gloriosa de nuestra Historia rompiendo el misterio, consejos y fábulas macabras que envolvían el *Mare Tenebrosum*, me distancio de patrocinadores del error que llega a la escuela como fermento injurioso para los héroes nuestros comprovincianos.

Yo admiro a Colón, le quiero, le venero; me parece muy bien se glorifique su nombre, se perpetúe su memoria en monumentos que hablen como símbolo de gratitud y homenaje, pero en esos monumentos no puede estar completa la historia del descubrimiento, si al gran Colón no se asocia el no menos grande Martín Alonso Pinzón.

España halló por Pinzón—Nuevo Mundo con Colón.

Hablaré otro día del vilipendiado héroe, aduciendo pruebas que reivindiquen los prestigios de esta víctima del error histórico.

El inmortal Cánovas del Castillo dijo solemnemente celebrando el cuarto centenario del descubrimiento: No hay más que una Rábida en el mundo; yo añadiría: ni otro Palos de Moguer. D. Rafael M.^a de Labra ha dicho: La Rábida es una gran bandera, pero omitió decir que para tremolarla necesita el asta, que sólo puede dar Palos de Moguer.

Génova es un santuario para América. Los genoveses son hijos adoptivos del Nuevo Mundo. Esto dice Mr. Wilson. Santuario de la raza llamo yo a estos lugares colombinos, como hijos de nuestra Madre España llamo a los americanos.

A D. José M.^a González (Columbia), ilustre escritor y gran amante de España, oí decir en la Rábida en momento solemne: La Rábida es relicario de la raza; yo le contesté: si relicario es el lugar donde están guardadas las reliquias, la Rábida es una reliquia; otra se adivina tras esos pinos, el humilde Palos de Moguer y el Puerto Palos; ahora formemos el relicario que en preciosa caja encierre la historia del descubrimiento.

Yo, querido Marchena, no puedo creer que desde la «Santa María» se viera tierra antes que desde la «Pinta», que por ser más velera o llevar capitán más intrépido iba siempre delante, con diferencia de leguas, que no fué Colón, que indebidamente cobró las albricias, ni Rodrigo de Triana el que la *vido*, tuvo que ser un marinero de la «Pinta», y este fué Juan Rodríguez Bermejo.

No puedo creer, Sr. Director de LA RÁBIDA, que Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena sean una sólo personalidad, llamándole Fray Juan Pérez de Marchena, etc.

Me llamará revolucionario, se lo perdono, pero me requiere, me indica, pide mi colaboración y el imperativo categórico que da la vieja amistad me lleva a LA RÁBIDA amparado en la bondad de todos, en su paciencia para leer deshilvanadas crónicas que inspiran mi buena fé y amor a la verdad.

Vicente Moreno

Encinasola y Septiembre, 1919.

Imp. del Asilo Provincial.—Ayamonte